

VERSOS

137



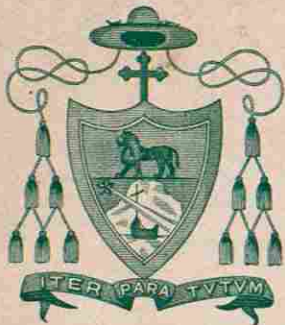
UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

7BR50

UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

Q729
R7
A17



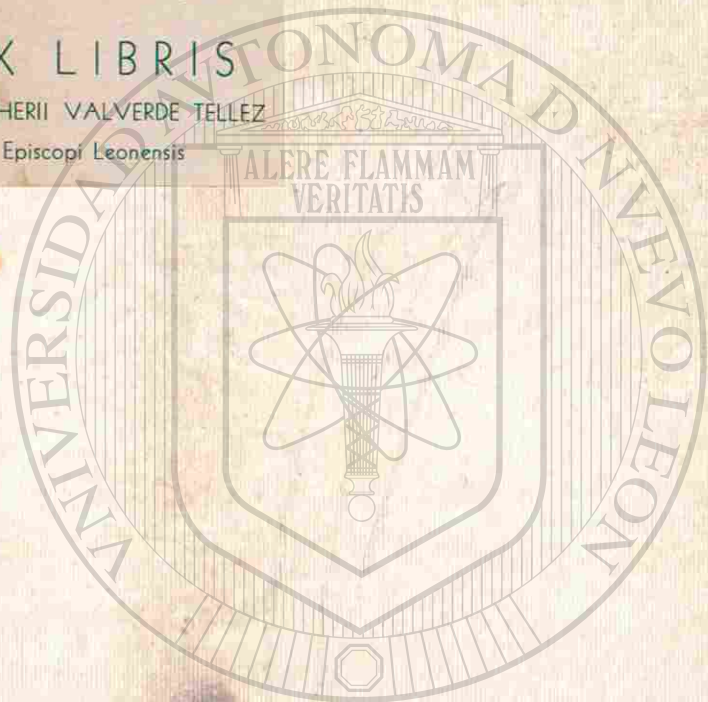


1080019385

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

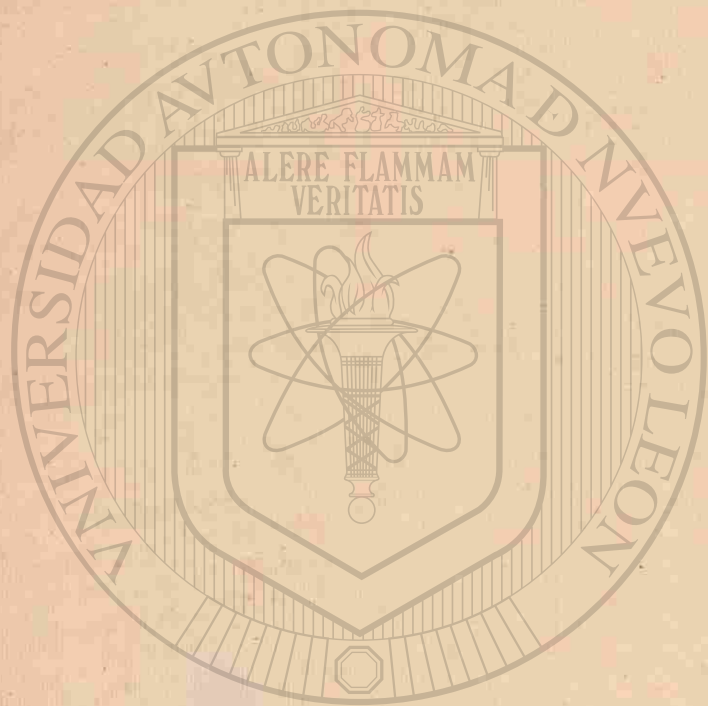


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*Al Señor Don
Feliciano Tejas y Soto.
Su agradecido afectuoso amigo
El Autor*

ÚLTIMAS

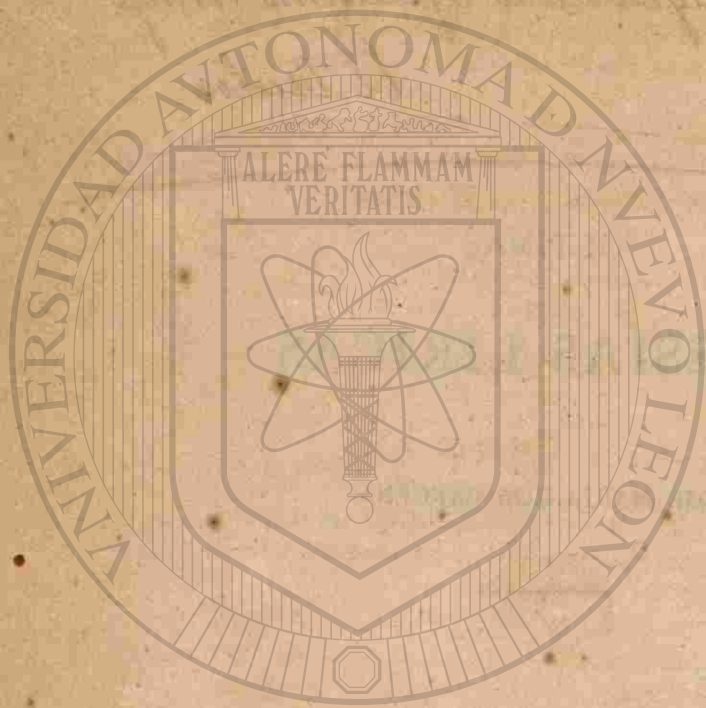
POESÍAS LÍRICAS

DE

JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ÚLTIMAS
POESÍAS LÍRICAS

DE

JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA

MIEMBRO CORRESPONDIENTE
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

APÉNDICE HASTA MEDIADOS DE 1895



EDICIÓN DE 150 EJEMPLARES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

IMPRESA DE IGNACIO ESCALANTE

HOSPITAL REAL NÚMERO 3.

1895



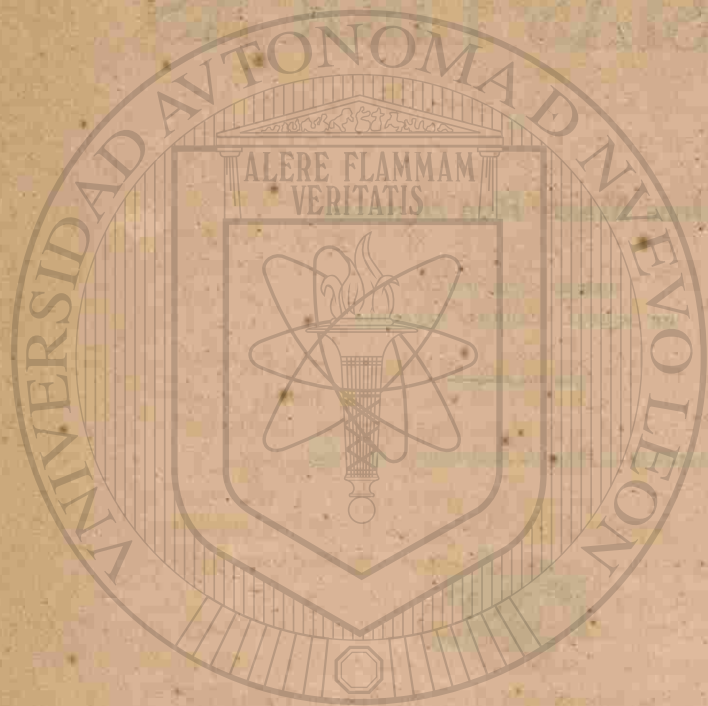
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

40475
VALVERDE Y TELLEZ

PQ 7297

.R7

A17



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

EL AUTOR AL LECTOR

Contiene este volumen composiciones posteriores á mi publicación de 1888, ó entresacadas de manuscritos y aun de libros viejos: montón de hojas que los ábregos del invierno barren del huerto, y que se han de convertir en polvo como el árbol de que cayeron.

En mi incapacidad de terminar un poema emprendido en defensa del Idealismo, doy los fragmentos de "LA VIDA EN EL TOBOSO" que me parecieron aceptables; y como blasono de constante en mi procedimiento de suplir con el vigor y la inspiración de otros la pobreza propia, incluyo imitaciones y versiones de Fedro, Horacio, Coppee, Lytton, Tennyson y Shakespeare.

Agradecido á encomios y lastimado de azotes que ningún cultivador del Arte, por muy poco que val-

003179

ga, deja de recibir, caigo en la debilidad de publicar en seguida tres cartas del insigne humanista Don Marcelino Menéndez y Pelayo, con juicios rápidos y confidenciales de versos míos, antiguos y modernos. Comprendo que en tales juicios, aun más que la pericia del Maestro, resaltan la benevolencia y el cariño con que me favorece; pero también se comprenderá fácilmente lo que una y otro me refrigeran y confortan.

—
"Madrid, 20 de Abril de 1889.

"..... Llegaron, en efecto, los dos ejemplares del tomo de las "Últimas Poesías Líricas" de Ud., y uno de ellos fué entregado inmediatamente por mí al Señor Don Juan Valera, que le recibió con mucho agradecimiento.

"En el prólogo se refiere Ud. á tres colecciones anteriores que siento mucho no conocer (pues sólo han llegado á mis manos dos leyendas que Caro reprodujo en un tomito impreso en Colombia); pero las que contiene el presente tomo bastan para dar la medida del talento poético de su autor, aunque no para satisfacer la curiosidad que quisiera conocer su obra entera.

"Desde luego, la traducción del "Mazepa" me parece un insuperable y bizarrísimo alarde de vencer dificultades métricas, siguiendo paso á paso sin descaecimiento ni fatiga la marcha caprichosa y vagabunda del texto original. Pocas veces se ha visto Byron en castellano tan bien interpretado, y quizá ninguna mejor. Las demás traducciones son también muy estimables, especialmente las de Virgilio. El soneto de Blanco (White) me parece mejor en la paráfrasis que en la traducción directa. Verdad es que, á mi juicio, el tal soneto es intraducible si se quiere conservar en castellano la forma de soneto.

"En el poema de "Vasco Núñez de Balboa" (que por la mayor parte es digno de su asunto) sólo encuentro que reparar algunos trozos de narración seca y prosaica, nacidos del empeño de seguir la historia con excesiva fidelidad.

"Ha hecho Ud. muy bien en conservar las poesías políticas, aunque la triste lección de los tiempos haya desmentido algunos de los bien intencionados augurios que en ellas se hacen. Sobre todo hubiera sido una verdadera pérdida la de la oda "En la inauguración del Segundo Imperio," escrita con mucho empuje y arrogancia lírica, y dicción poética muy brillante. Las mismas cualidades, con un arte de estilo mucho más perfecto (como corresponde á la madurez del poeta) brillan en "Amecameca" y en "Las Aguas en el Valle de México."

"Felicitando á Ud. por su obra, y deseoso siempre de conocer otros frutos de su ingenio, sean nuevos ó antiguos, me repito, etc."

"Santander, 11 de Enero de 1890.

"He recibido los dos libros de poesías que Ud. me anunciaba en su grata de 12 de Octubre ("Leyendas Mexicanas" y "Nuevas Poesías.")

"..... Volviendo á las "Leyendas," diré á Ud. que conocía tan solo las dos reimpresas por Caro en Colombia, y que ahora he vuelto á saborearlas y las tengo por las mejores. En las de asunto azteca que ahora por primera vez he leído, no hay menos facilidad y gracia narrativa, y hay, acaso, más poesía de estilo y más lujo y pompa en las descripciones; pero tienen algo de exótico é interesan menos; á lo cual contribuye quizá la rareza y áspera estructura de los nombres indígenas y la falta de relación de las tradiciones y creencias de aquellos pueblos con todo lo que vino después de la conquista. De donde resulta que siendo igual en unos y otros asuntos la habilidad del poeta, y quizá superior en lo más difícil, es poesía menos humana y simpática la de carácter indio, á no ser en "La Princesa Papantzin," que tiene cierta grandiosidad profética.

"No son inferiores á las poesías originales las traducciones.

La de "La Campana" de Schiller tiene respecto de la de Hartzembusch la desventaja de no ser directa del alemán; pero en algunos casos y mirada solamente como pieza poética, no le va en zaga. Lo mismo digo de "El Guante," que también ha sido traducida del alemán por Teodoro Llorente.

"En el tomito de "Nuevas Poesías" me he encontrado con dos versiones de Horacio que omití en mi libro sobre aquel poeta, y que añadiré con otras nuevas si llego á hacer algún día nueva edición de aquel ensayo.

"Grande honra he recibido con la dedicatoria de las escenas del primer acto de "Hamlet" que Ud. tan vigorosamente ha traducido, conservando todo el sabor de la misteriosa y terrible poesía del sublime original. Sólo dos ó tres cosas insignificantes he notado, que quizá pueda Ud. retocar cuando reimprima este notable fragmento. *Hay algo suyo* por *A piece of him*, no me gusta, aunque comprendo que la traducción literal, *un pedazo de él*, resulta prosaica en castellano. No encuentro en la traducción el *Thou art a scholar*, que en boca de soldados es muy característico. Pero todo esto son pequeneces que nada quitan al mérito insigne de este ensayo, uno de los más afortunados que he visto en materia tan difícil."

"Santander, 13 de Septiembre de 1890.

"Recibí su grata de 8 de Febrero, á la cual acompañaban una versión de la escena V del acto III de "Julietta y Romeo," y otras dos de las odas *Mæcenæ atavis* y *Quis multa gracilis* de Horacio. Las tres son felices muestras del arte y habilidad con que sabe Ud. acomodar á nuestra lengua los conceptos de los poetas extranjeros.

"En la primera no me parece completamente traducido el verso

"That pierc'd the fearful hollow of thine ear,"

qué es muy shakesperiano, pero para nuestro gusto algo extraño. Me parece un poco débil la versión de este otro verso cuyo movimiento quisiera yo que se conservase en castellano con la misma rapidez:

"Von light is not day-light, I know it, I."

"Quisiera también que se hubiera conservado el *pale reflex of Cynthia's brow*, que me parece más poético que *el fulgor de la luna á secas*. La amorosa expresión *my soul* falta también. Por último, echo de menos la repetición *more light and light* que tiene más fuerza que *la luz se aumenta*.

"En la primera traducción de Horacio, noto que el *atavis regibus* dice algo más que regia stirpe, puesto que indica la antigüedad de esos reyes. En la mudable turba hay que expresar que es *turba de Quirites*, como dice el texto. *Attalicis conditionibus* son las riquezas de Átalo *prometidas* más bien que *entrevistas*. El *ad aque lene caput sacra* comprendo que es difícil de traducir conservando la exquisita poesía del original; pero á lo menos hay que hacer sentir que se trata del agua de una fuente *sagrada*; y en esto han pecado de omisión casi todos los traductores. Con poner *sagrado* en vez de *sonoro* los aventajará Ud. en fidelidad y poesía; pero habría que retocar el verso anterior para que no resulte consonante. Horacio nombra dos instrumentos de música guerrera, el *lituo* y la *tuba*: convendrá meter entrambos si se puede. *En olvido de la gentil esposa* es algo anfibológico. ¿Es el cazador el que se olvida de la esposa, como dice el texto (*conjugis immemor*); ó es la esposa la que se olvida del cazador? Poniendo *olvidado* se salva la dificultad.

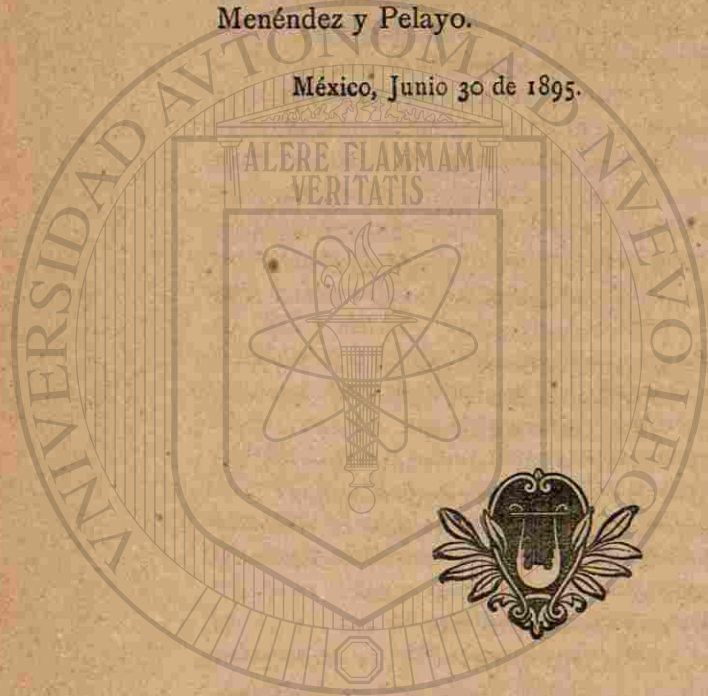
"En la oda á Pirra, *sin mancha por munditiis* no me gusta. En primer lugar, no se sabe de qué mancha se trata; y, además, la palabra latina quiere decir algo más que limpieza: designa cierto género de aseo elegante y exquisito. El *intentata* no sé yo si está traducido: literalmente es *no experimentada, no conocida por experiencia*.

"Todo lo demás de estas traducciones me gusta muchísimo, y por la misma nimiedad de los reparos comprenderá Ud. el interés con que las he leído."

Como advertirá el lector, en las dos versiones de Horacio procuré corregir ó aminorar los defectos

señalados. No lo intenté siquiera en las de Shakespeare, por razón de impotencia, anticipadamente disculpada en las observaciones mismas del Señor Menéndez y Pelayo.

México, Junio 30 de 1895.



PAISAJE

A GONZALO A. ESTEVA.

Cuando el Valle de México se deja,
Do la ciudad, que un ánade semeja,
En sus lagos se ve,
Y en rápidas pendientes el camino
Llega, cruzando la región del pino,
De la alta mesa al pie;

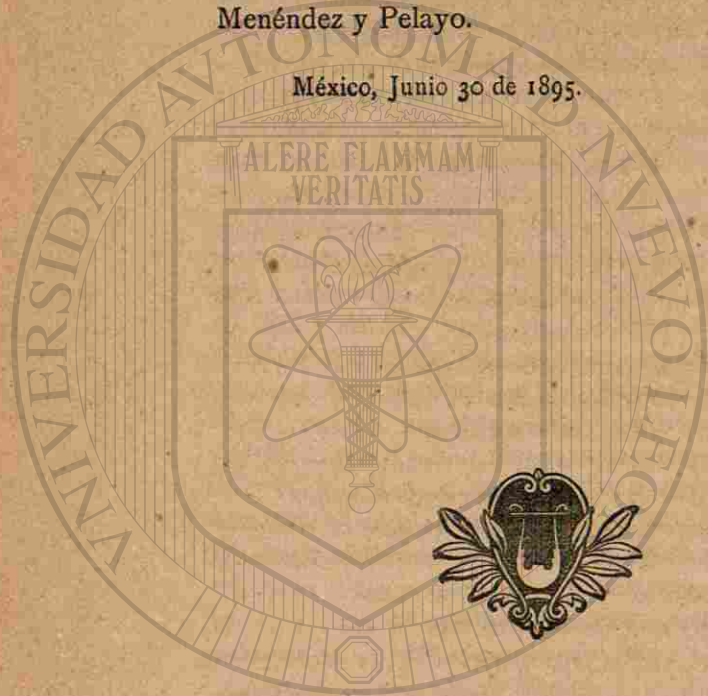
Se abre de pronto el encrespado monte,
Va nuevo llano á unirse al horizonte
En lejano confin:
Cual oasis que al moro finge el sueño
Se nos ofrece súbito el risueño
Valle de San Martín.

Son marco digno á sus extensos planes,
Coronados de nieve los Volcanes
Que brillan con el sol:
Quiébrase la intrincada serranía,
Á que la luz de veraniego día
Presta vario arrebol.

Al blando impulso de Favonio amigo
Finge ondulante mar el rubio trigo
Que el grano inclina ya:
Por él, líquida sierpe, sus raudales
Lleva un río entre verdes carrizales
Y en pos el alción va.

señalados. No lo intenté siquiera en las de Shakespeare, por razón de impotencia, anticipadamente disculpada en las observaciones mismas del Señor Menéndez y Pelayo.

México, Junio 30 de 1895.



PAISAJE

A GONZALO A. ESTEVA.

Cuando el Valle de México se deja,
Do la ciudad, que un ánade semeja,
En sus lagos se ve,
Y en rápidas pendientes el camino
Llega, cruzando la región del pino,
De la alta mesa al pie;

Se abre de pronto el encrespado monte,
Va nuevo llano á unirse al horizonte
En lejano confin:
Cual oasis que al moro finge el sueño
Se nos ofrece súbito el risueño
Valle de San Martín.

Son marco digno á sus extensos planes,
Coronados de nieve los Volcanes
Que brillan con el sol:
Quiébrase la intrincada serranía,
Á que la luz de veraniego día
Presta vario arrebol.

Al blando impulso de Favonio amigo
Finge ondulante mar el rubio trigo
Que el grano inclina ya:
Por él, líquida sierpe, sus raudales
Lleva un río entre verdes carrizales
Y en pos el alción va.

Ostentan como islotes su verdura
En la amarilla plácida llanura
Los árboles sin fin:
El sol á trechos, con su rayo baña
Cúpulas, torres, fuentes, la cabaña,
Los bueyes y el mastín.

En rudo canto su amoroso ruego
Murmura en las campiñas el labriego
Apañando la hoz;
Y armonioso rumor forman mezclados
El río, el viento, el eco —en los collados—
De aquesa humana voz.

Mas, bajo el pabellón de oro y zafiro,
Al extremo oriental ¿qué es lo que miro,
Que absorta el alma está?
Perfil distinto, más azul que el cielo,
De alta montaña en mi nativo suelo,
De otras cien más allá.

¡No es ilusión! ¡El Cofre! Su cuadrada
Roca inmensa en el éter destacada,
Miro una y otra vez:
La tempestad en ella forja el rayo;
Manto de nieve en el ardiente Mayo
Cubre su desnudez.

Pueblan su base lóbregos pinares
En que rebrama el norte cual los mares
En recio temporal:
Con ronco estruendo y grave pesadumbre
Desprenderse y rodar desde la cumbre
Suele el alud fatal.
Acaso de su cráter, ya cegado,
El fuego hasta el Atlántico espantado
En ríos descendió.

El estrago enarrar quiso la historia,
Y hasta la playa el rastro halla en la escoria,
Pero su fecha nó.

¡No es ilusión! ¡El Cofre! De esmeralda
En su más dilatada y rica falda,
La que al Oriente ve,
De palomas tropel, cesto de flores,
Mi cuna, la ciudad de mis amores,
Jalapa está, lo sé.

Patria adoptiva es tuya. En sus collados,
De oliente liquidámbar sombreados,
Hallaste inspiración:
Entre los dulces cantos de sus aves,
Recogieron los céfiros süaves
De tu laúd el són.

¿No has sentido también cómo palpita
El pecho al contemplar esa bendita
Montaña en el confin,
Donde resplandecientes los Volcanes
Dan marco digno á los risueños planes
En torno á San Martín?

¿Te imaginas, cual yo, del otro lado
El techo del hogar abandonado,
Y en pie, bajo el dintel,

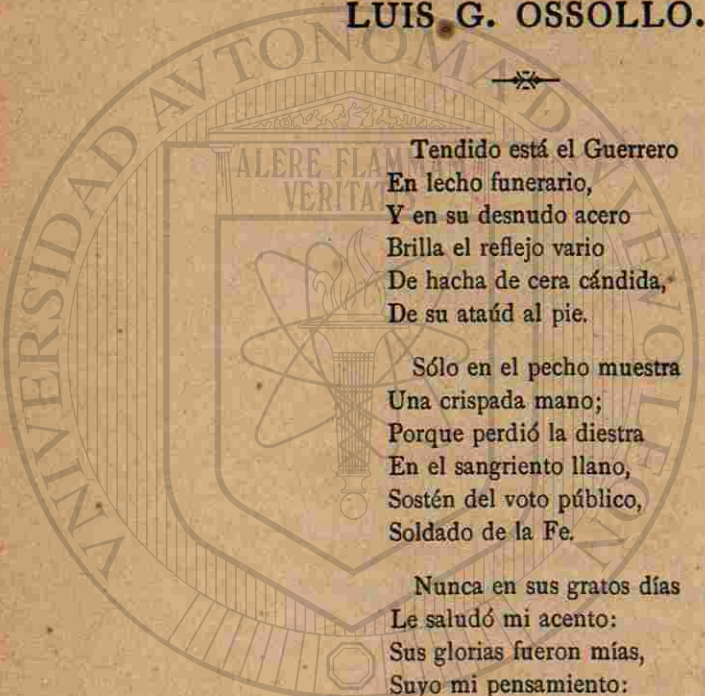
Al padre que con puro regocijo
El regreso esperando está del hijo,
Siempre pensando en él?

¡Dulce ilusión! ¡Magnífico paisaje!
No le borra en mi mente el oleaje
Del iracundo mar

En que boga la barca de mi vida.
¡Si, al menos, á esa playa tan querida
Fuera el leño á encallar!

Prisión de la Enseñanza, Septiembre de 1867.

LUIS G. OSSOLLO.



Tendido está el Guerrero
En lecho funerario,
Y en su desnudo acero
Brilla el reflejo vario
De hacha de cera cándida,
De su ataúd al pie.

Sólo en el pecho muestra
Una crispada mano;
Porque perdió la diestra
En el sangriento llano,
Sostén del voto público,
Soldado de la Fe.

Nunca en sus gratos días
Le saludó mi acento:
Sus glorias fueron mías,
Suyo mi pensamiento:
Estremecióme el júbilo
Al verle vencedor:

Y hora á su yerta frente,
Que el fuego del combate
Ya no ilumina ardiente,
Un lauro ciñe el vate
Y riégale con lágrimas
Que le arrancó el dolor.

No así le viera cuando,
Á la cabeza puesto
Del valeroso bando,
Ante la muerte enhiesto

Vibró el acero fúlgido
Con noble intrepidez.

Su ronca voz sonaba
Entre el tambor y el trueno
Del bronce que estallaba,
Y su ademán sereno
Dió á los soldados ánimo
Y ejemplo dió á la vez.

Al ver el brillo intenso
De su mirada dura,
Su pecho alzado, extenso,
De roble su estructura,
Sus movimientos de águila,
Sus garras de león;

Nadie pensar pudiera
Que en él un alma había
De rectitud severa,
Mas entusiasta y pia;
Que unió al valor indómito
De niño el corazón.

Tendido está, y en vano
Suenan el clarín agudo,
Y se encabrita ufano
Listo el corcel nervudo,
Y el humo de la pólvora
Llega á su misma faz.

No inspira ya su gloria
Á sus contrarios miedo:
Después de la victoria,
Segundo Godofredo,
Bajo la Cruz al último
Sueño se entrega en paz.

Junio de 1858.

DEDICATORIAS

ALERE FLAMMAM
VERITATIS
I
Á IPANDRO ACAICO.

Este libro te doy. Reprima el gesto
Lógico espanto, pues te lleva indulto:
Coplas añejas ya forman su bulto,
Y no estás hoy á su lectura expuesto.

Á mi vez quedo yo, pensando en esto,
Tranquilo; que ni escándalo ni insulto
Se expone á ser de tu criterio culto,
De mis legumbres rústicas el cesto.

Sabes que á tibio afecto no me ciño,
Y que su admiración profunda y ciega
Mi alma consagra, al par que su cariño,

Á quien del Arte excelso alfa y omega
Aprendió á balbucir, cuando era niño,
En el regazo de la Musa Griega.

II

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
Á CASIMIRO DEL COLLADO.

Ante mí que habité playa desierta
Siendo niño, sus flámulas tremola

Tu nave audaz: tu artística aureola
Fuego y amor al Arte en mí despierta.

De mi alma fecundó la estéril huerta
De tu apolínea música la ola
Cuando pasó volando "El ave sola"
Y el perfume aspiré de "La flor muerta."

Guarda mi escaso dón; y eterna suene
La lira tuya, ora en fragante idilio,
Ora en épica nota eco del Lacio,

Bardo feliz, que á inspiración perene,
Uniste el dulce acento de Virgilio
Y la elegancia en el decir, de Horacio.

1889.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FÁBULAS ESÓPICAS DE FEDRO

I PRÓLOGO.

Lo que ha inventado Esopo, en estos versos
Yo desenvuelvo y pulo. Dos diversos
Fines consigo lleva;
Que, bien que por un lado á risa mueva,
Consejos que la fábula han tejido
Enseñan á vivir como es debido.
Si alguien nos acusare
De que no solamente
Las bestias han de hablar ¡caso frecuente!
Sino también los árboles, repare
Que en ello impropiedad grave no asoma
Cuando es nuestro designio hablar de broma.

II EL LOBO Y EL CORDERO.

Para matar la sed, á un mismo arroyo
Lobo y Cordero llegan. El primero
Corriente arriba se detiene: en hoyo
Que hace el agua al bajar bebe el Cordero.

De su instinto carnívoro aguijado,
Para reñir, pretexto el Lobo inventa.
—“¿Por qué el agua me enturbias?” Asustado
El otro le responde: —“Toma en cuenta
Lo falto de razón de lo que fraguas:
De donde estás, á mí vienen las aguas.”
Con tan rudo argumento
El Lobo dado al traste,
Busca nuevos caminos á su intento.
—“Seis meses hace ya que me injuriaste.”
—“No los tengo, por cierto, de nacido.”
—“Entonces ¡vive Dios! tu padre ha sido.”
Y así diciendo, al infeliz Cordero
El Lobo arrebató: rajóle el cuero.

Tal es el proceder, tal es el crimen
De los que con fingido
Pretexto absurdo al inocente oprimen.

III EL GRAJO Y EL PAVO REAL.

Para que á nadie plazca
Vestirse de lo ajeno, antes se ajuste
Á su sér natural y propio fuste,
Sin alifon ni tropo—
Este sencillo ejemplo narra Esopo:

Con las caídas plumas
Del Pavo real se adorna un Grajo necio,
Y de su orgullo alzado en las espumas
Mira á los de su raza con desprecio;
Y á corral colindante
Yendo con desparpajo,

De pavones en cerco rutilante
 Cual uno de la grey se cuele el Grajo.
 Y mal año le avino,
 Que, si de pronto dudán,
 Al fin á picotazos le desnudan
 Haciéndole volver por donde vino.
 Triste y maltrecho entre los suyos torna,
 Que no ocultan la risa
 Viendo, cual si dijerais, en camisa
 Al que su condición muda y exorna.
 Y como si con ello no bastara,
 Del corro aquel se le adelanta alguno
 Con ínfulas, acaso, de tribuno,
 Y su orgullo y derrota le echa en cara.

¡Ridículo trabajo
 Aspirar á pavón siendo uno Grajo!

IV

EL PERRO CODICIOSO.

Pierde su propio haber, y con justicia,
 Quien el haber de los demás codicia.

Á nado el Perro atravesaba un río,
 Con su ración de carne entre los dientes,
 Y en el raudal que le refleja y copia
 Viendo su imagen propia
 Con presa y todo, juzga en su embeleso
 Que presa y perro son de carne y hueso:
 Y cediendo á sus ansias importunas
 De despojar al prójimo canino,
 Larga el tocino y quédase en ayunas.

V

EL LEON DE SOCIO.

Dándome la razón en lo que os digo,
 Esta fábula advierte
 Que ha sido, es y será muy peligrosa
 Siempre la sociedad con el más fuerte.

Á ganancias y pérdidas la suya
 Forman con el León en selva umbría
 Vaca sesuda, cabra saltadora
 Y la cándida oveja
 Hecha á sufrir sin queja.
 Un ciervo fué la presa de aquel día;
 Y en cuatro partes dividido, siendo
 Cuatro los socios, el León exclama,
 Ya los ojos en llama,
 Dura la voz y el ademán tremendo:
 "Por llamarme León tomo esta parte
 Que me correspondió con ser primera
 Como á señor y rey. Esta segunda
 (Prosigue, y más airado, enarca el lomo)
 Asgo con el derecho del más fuerte.
 Siendo quien vale más, cual bien se advierte,
 La tercera me tomo:
 Y si, con arrogancia ó disimulo,
 Alguien toca á la cuarta, le estrangulo."

VI

LAS RANAS Y EL SOL.

Viendo Esopo las bodas
 Solemnes de un ladrón vecino suyo,
 Esto empieza á contar: "Ó por decoro,
 Ó por hastío, en busca de consuelo,

Quiso casarse el Sol, y de las Ranas
El asordante coro
Puso el grito en el cielo.
Júpiter que le oyó, las cejas junta
Y el por qué del escándalo pregunta.
Sin que vergüenza ni temor la atranque,
Responde la más viva del estanque,
Saliendo de fangoso recoveco
Y los saltones ojos
En el Tonante fijos:
"Si cuando el Sol es uno
Seca los charcos y nos mata en seco,
Qué nos aguarda si le vienen hijos?"

VII

EL ASNO Y EL LEÓN, DE CAZA.

Si el baladrón á los extraños puede
Golpe dar, es muy raro
Que triunfe ó en ridículo no quede
Con los que su valor han puesto en claro.

Quiso el León cazar en compañía
Del Asno. ¡Vaya un gusto!
De espesa ramazón cubrióle un día,
Y le advirtió que rebuznar debía,
Porque los animales con el susto
Fueran, perdido el tino,
Por más corto camino
Á entregarse al León como era justo.
¿Quién negará el vigor, ni quién la pompa
De la elocuencia asnal? Como retumba
Con más fragor que la broncea trompa,
Se dan las bestias á correr sin zumba
Del épico rebuzno renegando,
Y el regio cazador se puso pando.

Mas he aquí que, engréido,
Como improvisador de humilde estofa,
No el Asno maldecido
Punto final poner quiere á su estrofa,
Y la repite con variantes, hasta
Que irritado el León grítale: "¡Basta!"

Ofendido y ansiando
El orejón que, al menos, se confiese
El valor de su ayuda,
En preguntar no duda:
"¿Qué de mi voz opinas, compañero?"
Y en tono entre sarcástico y severo
El León respondía:
"Tal es de temerosa,
Que á no saber que es de asno, yo, á fe mía,
Cual los demás lo hicieron, puesto habría
En oyéndola, pies en polvorosa."

1891.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MURGA POÉTICA.

Ni la Grecia inmortal, cuna de Homero,
Ni Roma altiva, inspiración de Horacio,
Cuando llevaba triunfador su acero
De las artes el gusto verdadero
Del ancho mundo al conocido espacio,
Vieron iluminando sus penates
Vasta pléyade tal de insignes vates
Cual la que ilustra al Anahuác sencillo.
Fuertes con ser de vista, á los varones
Dejara, á mi entender, de esas naciones
Ciegos como la noche aqúeste brillo.

¿Será verdad que con lisonjas vanas
Aquí nos arrullamos mutuamente?

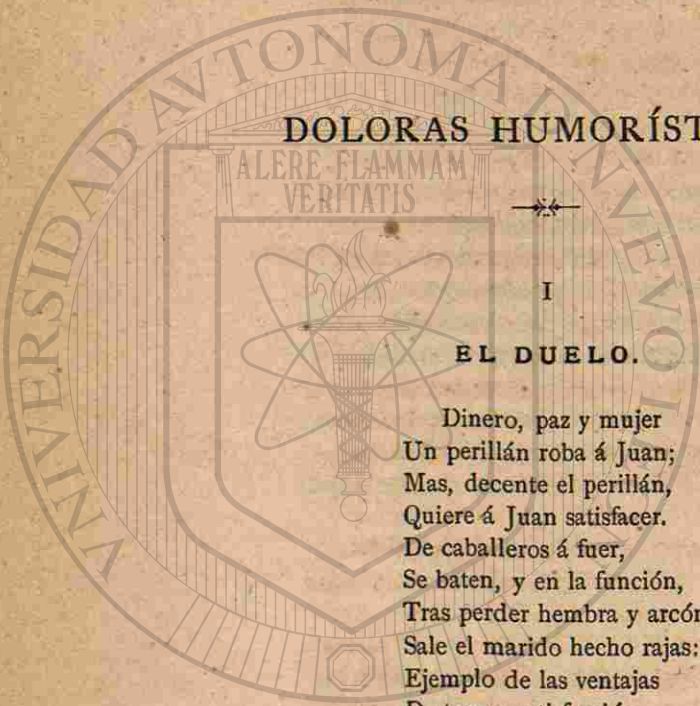
Canto en octava rima,
Que el estertor imita de las ranas,
El lunar de mi prima,
Y exclaman los demás bardos en coro:
“¡Pensamiento sublime! ¡Pico de oro!”
Canta luego Figueras, no de balde,
Al honrado vecino electo alcalde,
Y entusiasta le digo:
“El verdadero numen es contigo.”
Y los dos declaramos,
De Juan oyendo en verso unos reclamos,
Broncos cual sinfonía de cencerros,
Y que acompañan de su Lesbia ingrata
Con triste aullar los perros:
“Por lo dulce tu cántiga nos mata,

Y el pecho de Isabel de parte á parte
Ha traspasado ya. ¡Triunfos del arte!”
Y en noble compañía
Prorrumpimos los tres, huecos y orondos:
“Del porvenir en los abismos hondos,
Miserables enanos,
No columbraron griegos ni romanos
Lo que es inspiración y poesía!”

Entretanto, la gente,
Oyéndonos decir continuamente
Que somos ilustrísimos cantores,
Honra del siglo y de las luces foco,
Se sonríe pensando: “Pues no es poco
Lo que habrán estudiado estos Señores!”

1852.

DOLORAS HUMORÍSTICAS.



I

EL DUELO.

Dinero, paz y mujer
Un perillán roba á Juan;
Mas, decente el perillán,
Quiere á Juan satisfacer.
De caballeros á fuer,
Se baten, y en la función,
Tras perder hembra y arcón,
Sale el marido hecho rajás:
Ejemplo de las ventajas
De tomar satisfacción.

II

EL CULTO DE LA IDEA.

En materia de cultos no vedados
Ni del Positivismo en su marea,
Canoa y San Hipólito cuajados
Se ven de humanos seres, consagrados
Al Culto de la Idea.

III

EL MEDIO AMBIENTE.

Si, á falta de terríficos estragos,
Su fetidez difunden nuestros lagos,
"Malo es el medio ambiente"
Exclama algún filósofo reciente;
Y un patán á la antigua, entre asco y tedio
Oyéndole, corrige displicente:
"No es medio ambiente, sino ambiente y medio."

IV

LA EVOLUCION POSIBLE.

Tema fué del estudio de Germana,
Que al ir en la mañana
Por calle principal, corteza lisa
De algún plátano macho incauta pisa.
Y dando sin deseo ni donaire,
Al suelo la nariz, los pies al aire,
La solución que persiguió su anhelo
Y buscaba en el aire, halló en el suelo.

V

EL MOMENTO HISTORICO.

Que para no faltar á la etiqueta,
Si á guardar antesalas le sujeta,
Cuentan —y no con visos de patraña—
Que á cierto embajador francés recibe,
Pretextando catarro,
En su trono de barro,
En su cámara misma un rey de España.
Y éste, —dice un retórico—
No hay que dudar que fué Momento Histórico.

EL CIGARRO.

Con tu ayuda eficaz domino, abrumo
Ira ó dolor, la inspiración persigo:
Y, desvalido y viejo ya, contigo
De prócer y de mozo audaz presumo.

Considero en los hombres yerro sumo
Su imagen ver en tí como testigo
De que es sólo ceniza el bien amigo,
De que toda esperanza noble es humo.

Yo en tí contemplo, en semejanza iguales,
Lo pasajero de la vida humana
Y la del alma fiel suerte futura;

Pues que cuando eres ya ceniza vana,
Te sobrevive el humo, en espirales
Libre ascendiendo á la serena altura.

1889.

LAS MONTAÑAS.

FRAGMENTO.

Aunque la sombra ya envuelva,
Entoldando el horizonte,
El mar, el llano, la selva,
El caserío y el monte;

Del sol los rayos, que alumbran
Vastas regiones extrañas,
Aun doran las que se encumbran
Más gigantescas montañas.—

Antes que el mundo, á quien mina
De su corrupción la carie,
Vele en sombras, ya vecina,
La noche de la barbarie;

Juntando lo que nos quede
Del soplo inmortal, divino,
Que aun salvar al mundo puede
De tan funesto destino;

La vista hacia atrás tornemos
Y, descubiertas las frentes,
Un himno á la gloria alcemos
De los hombres eminentes!

1875.

DE HORACIO.

I
A MECENAS.

Oda I, Lib. I.

¡Oh Mecenas, de antigua regia stirpel
 ¡Mi amparo y gloria mía! Hay quienes gozan
 En alzar con su carro al cielo el polvo
 Del olímpico circo, sin que toque
 La meta ó linde la inflamada rueda;
 Y la palma del triunfo los encumbra
 Hasta los dioses árbitros del mundo.
 Se ufana aquél si popular capricho
 De la mudable turba de Quirites
 Hasta la cima del honor le exalta.
 Se alegra el otro si en la propia troje
 Las cosechas del África atesora.
 Á quien cultiva la heredad paterna,
 De Átalo las riquezas prometidas,
 Inclinarán jamás á hender el ponto
 En chiprio leño, pávido marino.
 Cuando el ábrego lucha con las olas
 Del mar de Icaro, el mercader codicia
 La dulce paz de su nativa aldea;
 Más, ya en calma, repara el roto barco,
 Que al pan de la pobreza no se aviene.
 Alguien Másico añejo no repugna
 Ni hurtarse á otros afanes por el día,
 Bajo madroño fresco, ó en la blanda
 Margen de manantial sacro tendido.

¡Á cuántos place el campamento, el rudo
 Són del clarín y trompa, la ímpia guerra
 Que detestan las madres! Olvidando
 Á la gentil esposa, á la intemperie
 Quédase el cazador, ora sus perros
 Alcen la descubierta cervatilla,
 Ora haya huido ya dejando rotas
 El marso jabalí tendidas redes.
 Á mí la hiedra que corona al docto,
 Sitio entre las deidades me asegura.
 Frío el bosque, y de sátiros y ninfas
 El ágil danza, apártanme del vulgo.
 Si no me niega Euterpe dulces flautas,
 Ni la lira de Lesbos melodiosa
 Á templarme Polimnia se rehusa,
 Y entre los vates líricos me cuentas,
 Ha de llegar mi frente hasta los astros.

II
A PIRRA.

Oda V, Lib. I.

En la risueña gruta,
 Sobre tapiz de rosas,
 Pirra ¡qué esbelto joven
 Perfumado en sus brazos te aprisiona;
 Por quien, así apartada,
 Libre de inútil pompa,
 Limpia y pulcra te muestras,
 Atas gentil la cabellera blonda?

¡Ha de llorar ¡ay! cuánto
 De tus mudanzas locas
 Y el dulce bien perdido
 Que las deidades hoy blandas le otorgan!

Hecho á la mar tranquila,
De susto y de congoja
Qué no le espera cuando,
Alce la tempestad las negras olas!

Hoy, de tu fe seguro,
En tu beldad se goza;
Mientras la calma reine,
Si hay aura ó brisas pérfidas ignora.
Siempre encontrarte espera
Amable y libre y sola.
¡Miseros los que ofuscas
Sin que por experiencia te conozcan!

Yo en la votiva tabla
Y en las mojadas ropas,
Dejo en el sacro muro
Á la Deidad Marina ofrenda propia.

1890.

PAOLO Á FRANCESCA.

Dudo si en el sendero arduo que sigo
Reina obscura la noche ó claro el día:
Voy solo, mas sintiendo el alma mía
Que, á la luz ó en la sombra, vas conmigo.

Mi corazón, aunque parcial testigo,
Cántame con interna melodía
Que, si nos fué la tierra áspera y fría,
Hallo en tu corazón descanso, abrigo.

Mas, viviendo los dos en uno acaso,
En este mundo, por contraria suerte,
Lleva diversos rumbos nuestro paso.

Y á cada cual nuestra razón le advierte
Que es la luz que seguimos luz de ocaso,
Y este amor es hermano de la muerte.

1890.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DE COPPÉE.

LA AZUCENA.

Entre las flores pálidas del paño
Que una ancha mesa cubre,
De la arquilla de sándalo y de plata
Sacado á medias, el collar macizo
Que unen dos camafeos
Surge en ondas y á medias se dilata.

Rayo oblicuo de luz hiérole. El oro
Titila. Reproducen
La chispa en torno las sembradas perlas.
No tanto el sol á la mitad del día,
Dardo lanzando ardiente
Desde el cerúleo domo
Do impera, del durmiente
Esmaltado reptil brilla en el lomo.

Tal esplendor, al difundirse, apaga
Los dispersos anillos do su vaga
Luz el ágata vierte,
Y en que el diamante frío
Deja su clara gota de rocío.

Y, como desdeñosa del contraste
Y el grupo, más allá, bajo el sombrío
Cortinaje de púrpura, y á solas
Y sin que nada altere
Su noble y pura condición, ajena
Á deshonor, se muere
En copa de cristal blanca azucena.

1889.

EL ÚLTIMO
DE LOS RAVENSWOOD.

(EN "LA NOVIA DE LAMMERMOOR")

Muestra el cielo el color de la arena
En las húmedas playas: el norte
Las olas levanta y azota, y en luto
Mar, cielo y ribera te miran acorde.

¡Ay! ¿Qué nubes habrá más sombrías
Que tu frente? ¿En qué mares salobres
El Bóreas, rugiendo, reinó con más furia
Que en tu ánima, Edgardo, contrarias pasiones?

La nobleza de toda tu stirpe
Bien se mira en tu faz y en tu porte.
¿De qué las hazañas de ilustres abuelos
Al vástago sirven inválido y pobre?

Altas fueron tus miras, y en fuerza
Era el ánimo tuyo cual roble:
Luchando, vencieras; mas ¡ay! no pudieron
Por falta de espacio volar tus halcones.

Rota enseña de un bando vencido,
Sin que allegue soldados su mote,

"Aguardo el momento" repites á solas,
Soñando desquites, cebando rencores.

En tu propia heredad, que hoy es suya,
Se estremecen mirando la torre
Que al noble de antaño por lástima dejan,
Sus propios pecheros, hoy ricos y nobles.

Cual las nieblas al sol se deshacen
Y la nieve en las cimas se rompe,
Hallando á una virgen del campo enemigo,
Se agita y ablanda tu pecho de bronce.

¡Adios sueños de orgullo y combate!
El amor te rindió. Los feroces
Instintos guerreros, en dulce esperanza
Convierte y en dicha la tímida jóven.

En la mística fuente le hablaste;
En tu lóbrego alcázar la noche
Pasó con su padre; con ellos persigues
Al ciervo enastado por valles y montes.

Las promesas de amor, el anillo
Que es la joya más rica del orbe,
Cambiasteis, y unidos en vida y en muerte,
Os juzgan el cielo y el mundo conformes.

Á otra playa impelió tu barquilla,
Despiadada la suerte, y entonces
Permiten los cielos que en ara profana
Tu dulce cordera sus padres inmolen.

Ya está libre, ya es muerta Lucía,
Flor que agostan escarchas y soles:
Lo sabes, y el mundo contemplas desierto;
Lo sabes, y el hado te niega que llores!

Enlutados el alma y el traje
Como el cielo y el piélago insomne,
Al cinto la espada, tu potro encaminas
Ribera adelante con recio galope.

Á combate mortal te ha retado
En la playa, con duros reproches,
Soberbio el hermano de aquella á quien labran
Demencia y martirio guirnaldas y dote.

Pero Dios, que llamarte á su seno
Y tu mano estrechar se propone,
Te impide á la liza llegar; no permite
Que manche tu diestra la sangre de un hombre.

En profético anuncio está escrito
Que en la móvil arena te alojes;
Que á un tiempo se extingan tu vida y tu raza
Del mar, que hoy el viento subleva, en los bordes.

Á ignorado sepulcro, no al duelo,
Del furor y la angustia al azote,
La espada en el cinto y el luto en el alma,
Tu potro encaminas con recio galope.

Á su casco la arena cediendo,
En recónditos senos absorbe
Corcel y jinete y acero; promesas
De imperio y venganza; estirpe y blasones.

Y tu airón ha dejado en la playa
Negra pluma del cuervo del bosque,
Á tí y á los tuyos aciago apellido
¡Tu fin esa pluma nos dice y tu nombre!

1890.

EL VALLE DE ORIZABA.



NIEBLAS Y SOL.—LA CIUDAD.—INDUSTRIA Y CULTURA.—RINCÓN GRANDE.
BARRIO NUEVO.—LA APARICIÓN.—DESPEDIDA.

¿Viniendo á tí desde región lejana,
Ya enamorada el alma peregrina,
Le escondes tu beldad? ¿Así ¡oh sultana!
Te envuelves en la pálida neblina?

Acaricióme en la nativa tierra
Siendo yo niño sin afán ni empeños,
Y para mí, ciudad, valles y sierra
Poblaba de fantasmas y de sueños.

¿Al sol de Abril, que en otros cielos brilla,
Y á quien te viene á ver te has ocultado
Porque pienses acaso, Pluviosilla,
Que igual bien no ha de haber al bien soñado?

Pues mira cómo, huyendo en su cohorte
De nubes hacia el piélago sombrío
Y libre el campo al sol dejando el norte,
Con tu beldad patente me extasío.

Enlutados el alma y el traje
Como el cielo y el piélago insomne,
Al cinto la espada, tu potro encaminas
Ribera adelante con recio galope.

Á combate mortal te ha retado
En la playa, con duros reproches,
Soberbio el hermano de aquella á quien labran
Demencia y martirio guirnaldas y dote.

Pero Dios, que llamarte á su seno
Y tu mano estrechar se propone,
Te impide á la liza llegar; no permite
Que manche tu diestra la sangre de un hombre.

En profético anuncio está escrito
Que en la móvil arena te alojes;
Que á un tiempo se extingan tu vida y tu raza
Del mar, que hoy el viento subleva, en los bordes.

Á ignorado sepulcro, no al duelo,
Del furor y la angustia al azote,
La espada en el cinto y el luto en el alma,
Tu potro encaminas con recio galope.

Á su casco la arena cediendo,
En recónditos senos absorbe
Corcel y jinete y acero; promesas
De imperio y venganza; estirpe y blasones.

Y tu airón ha dejado en la playa
Negra pluma del cuervo del bosque,
Á tí y á los tuyos aciago apellido . . .
¡Tu fin esa pluma nos dice y tu nombre!

1890.

EL VALLE DE ORIZABA.



NIEBLAS Y SOL.—LA CIUDAD.—INDUSTRIA Y CULTURA.—RINCÓN GRANDE.
BARRIO NUEVO.—LA APARICIÓN.—DESPEDIDA.

¿Viniendo á tí desde región lejana,
Ya enamorada el alma peregrina,
Le escondes tu beldad? ¿Así ¡oh sultana!
Te envuelves en la pálida neblina?

Acaricióme en la nativa tierra
Siendo yo niño sin afán ni empeños,
Y para mí, ciudad, valles y sierra
Poblaba de fantasmas y de sueños.

¿Al sol de Abril, que en otros cielos brilla,
Y á quien te viene á ver te has ocultado
Porque pienses acaso, Pluviosilla,
Que igual bien no ha de haber al bien soñado?

Pues mira cómo, huyendo en su cohorte
De nubes hacia el piélago sombrío
Y libre el campo al sol dejando el norte,
Con tu beldad patente me extasío.

De ásperos cerros y de blandas lomas
Al pie tendida en húmida floresta,
Grupos finge de cándidas palomas
Cabe la fuente en abrasada siesta.

Cielo azul, fértil suelo, dulee clima
Y alegres manantiales y hondos ríos;
Nieve polar eterna en la alta cima
Y en el llano feraz calor de estíos;

Crece el tabaco allí, flor da el cafeto
Y al viento ondea la amarilla caña,
Mientras la sierra eriza rudo abeto,
Mina de mármol es cada montaña.

De la ciudad no lejos, red tupida
Forman pueblos y fábricas y aldeas:
Murmura por doquier fuente escondida,
Humo arrojan las altas chimeneas.

¿Qué rumor ó qué vista más preciados
Que los que ofrece la colmena humana?
Ved al obrero aquí; de todos lados
Surge y se agita, en progresar se afana.

No en balde al contemplarte el peregrino,
Si de tu sierra al pie la planta posa,
Halla que, coronando tu destino,
Rica y grande has de ser al par que hermosa.

Pero no de tu cielo el brillo sumo
Ni la voz de tus pájaros gimiendo
Empaña de tus máquinas el humo,
Logra acallar la industria con su estruendo.

Si del sendero humilde que recorre
La hormiga laboriosa no se aleja,

Cantan las golondrinas en la torre
Y el espacio y el sol busca la abeja.

Si dan vida á tus bosques tibio ambiente,
Nieblas y sol y arroyo fugitivo,
En su cariño á tí, Dios á tu gente
Dió noble corazón é ingenio vivo.

Dióle el valor con que la altura invades
Á que á llegar aspira ánimo recto,
Y en el pecho encendió de tus beldades
Piedad sincera, inextinguible afecto.

¿Qué extraño si en jardines y alamedas
De belleza y amor eterno idilio,
Con tus bardos dulcísimos remedas
Los inmortales cantos de Virgilio?

Pero dejad que aquí mi tienda siente
Do la vista y el ánimo se expande,
Y, hasta llegar la noche, mire enfrente
La cascada gentil de Rincón Grande.

¡Qué riscos, cerros, lomas y montañas
Inundadas en luz! ¡Qué oscuro y hoúdo
El valle ahí! ¡Qué de álamos y cañas!
¡Cuán copioso el raudal, cuán claro el fondo!

Entre rocas y helechos, de la altura
Lamiendo el pie, bajo su negro flanco,
Se adelanta del bosque á la espesura
Con curvas de serpiente el Río Blanco.

Por su potente voz como atraído,
De su cauce, más alto, al fin se escapa
Y en el Blanco se arroja, con ruido
Cual de tormenta olímpica, el Tilapa.

Del cantil hasta el borde llega oculto
Entre apiñados cerros, peñas, frondas,
Y surge de repente inmenso el bulto,
Cándido y espumoso de sus ondas.

Se viste el muro, cual tajado á pico,
De cortina de hierba opaca y bruna,
Y ciega en la cadente masa el rico
Fulgor como de nieves y de luna.

Revuelan ó en las cumbres hacen alto
Las aves contemplando sus reflejos;
Y en valle y monte en derredor, del salto
La atronadora voz se oye muy lejos.

Ya unidos ambos ríos, poderosa
Se dilata y serena su corriente
De Barrio Nuevo hasta la cuenca umbrosa
Que nadie sin pavor miró de frente.

Las montañas allí tocan el cielo
Casi á plomo cortadas, y al pie mismo
Dellas, nos falta de repente el suelo
Y su lóbrego seno abre el abismo.

Bosque de liquidámbares añoso
Cruza el raudal, y súbito le falta
Suelo también, y al hondo y ancho foso
La formidable mole hirviente salta.

Finge espectro titánico delante
Del seno á que se arroja temerario,
Quedando en pie al caer y amenazante,
Envuelto en el blanquísimo sudario.

El final de la rápida caída
Abajo en torno vela opaca bruma,

Y, de la vespertina luz teñida,
Baña peñascos y árboles la espuma.

Sin tregua el ronco estruendo á lo alto sube
Con más y más fragor, como si en Mayo
Del negro hinchado seno de la nube
Vibra la tempestad rayo tras rayo.

Mientras el sol el Occidente inflama,
Órbitas grandes traza en tardo vuelo
Sobre el haz del abismo que la llama,
Águila regia y se remonta al cielo.

¡Qué sitios y qué escenas! Á su vista,
Naturaleza, en reverente pasmo
Quedo, y del labio la mudez me atrista,
Aunque agite mi sér hondo entusiasmo.

Solo no estoy. Mi espíritu te nombra,
Mi corazón te llama ¡oh compañera
De mis últimos sueños! y en la sombra
Del bosque surges ya gentil palmera.

Alta y regia y airosa la estatura,
Helénica la forma peregrina,
Con voz de oculta fuente que murmura,
Con rostro de expresión toda divina;

En desvelos y penas refrigerio,
Paz y valor al ánimo cobarde,
Estrella que entre sombras y misterio
Alegra las tristezas de la tarde;

Pues conmigo á esta selva solitaria
Vienes piadosa al declinar el día,
Ante grandeza tal entona el aria
Que yo siento y no canto ¡oh Poesía!

Y siempre sienta yo, libre de enojos
Aunque sabiendo que te adoro en vano,
La casta luz de tus divinos ojos,
La presión cariñosa de tu mano.

Mágica tierra ¡adiós! ¿Será que olvide
Yo tu beldad porque de tí me alejo?
Si mañana ancho espacio nos divide,
Mi corazón en tu recinto dejo.

El bardo humilde á recordar se atreve
La montaña sin par de tus montañas:
Si en él inspiración y voz son nieve,
Aun hay fuego de amor en sus entrañas.

¡Regio volcán, esfuerzo de gigante
Del polvo vil para escalar la altura,
Que envuelto en argentada vestidura
Te alzas á ver el piélago de Atlante!

Mientras el claro sol tu cono alumbre
Que en plata el hielo enriqueció perene,
Señal de puerto próximo tu cumbre
Al nauta dé que á nuestras playas viene.

Sabe ya el orbe, de la fama al canto
Tras el fragor de la extinguida guerra,
Que ahí en tu falda se atesora cuanto
De bueno y de gentil hay en la tierra.

Orizaba, Abril 7 de 1891.

DE TENNYSON.

DORA

I

En la granja de Alán, colono viejo,
Guillermo el hijo y la sobrina DORA
Viven con él. Los ve á menudo, y piensa:
"Él ha de ser marido y ella esposa."
La voluntad comparte ella del tío
En casos graves ó de escasa monta,
Y á Guillermo se inclina; mas el joven,
Como con ella habita, piensa en otras.
Llega día en que el padre llama al hijo
Y "Tarde me casé, dice: no importa:
Un nieto ver quisiera en mis rodillas
Antes que cierre el ojo. En cierta boda
Mi corazón he puesto: y, en resumen,
Si no lo has hecho ya, fíjate en Dora
Que te conviene asaz: mira que es ella,
Magüer su poca edad, muy económica:
Es hija de mi hermano, con quien tuve
Duras palabras: él partió en mal hora
Yendo á morir en extranjera playa,
Y á su niña amparé, de él en memoria.
Tómala por mujer: lo he deseado
Día y noche por años." Clara y corta

Del hijo la respuesta fué: "No puedo,
Ni casarme querré jamás con Dora."
Enfurecióse Alán: las manos alza:
"¿Que no querrás?" pregunta con voz sorda:
"¿Y á decirlo te atreves? En mi tiempo
La palabra paterna fué ley sola,
Y tal hoy ha de ser: piénsalo y mira
Que un mes aguardaré sin que respondas.
Mas si no me complaces, por Dios vivo,
Guillermo, que alistando irás la alforja,
Y que nunca los claros de mis puertas
Ha de volver á oscurecer tu sombra."

II

Ha contestado á locas el mancebo,
Y se muerde los labios y se aparta;
Y mientras más el caso considera
Y á la doncella ve, menos la ama.
Duros sus modos son; mas ella todo
Sabe sobrellevar piadosa y blanda.
Antes del mes auséntase Guillermo
Del propio umbral, y por mezquina paga
Dedicase á labrar ajeno campo;
Y, mitad por amor, mitad por rabia,
De otro agrícola al fruto, que es María,
Enamora, y con ella, al fin, se casa.
Cuando á lo lejos con repique alegre
Solemnizan la boda las campanas,
Hace llamar Alán á la sobrina
Y se expresa con ella así: "Muchacha,
Te quiero, y bien; mas oye: si por suerte
Con el que fué mi hijo una vez hablas,
Ó con aquella á quien Guillermo esposa
Apellidando está, cruzas palabra,
Mi voluntad es ley; ya te lo advierto:
Se te cierran las puertas de mi casa."

Dora, sumisa, obedecer promete,
Aunque una voz en sus adentros clama:
"Esto no puede ser." De que su tío
Cambie, se forja inútil esperanza.
Y avanzando va el tiempo, y á Guillermo
Nácele un niño, y la pobreza amarga
Se le viene é juntar. Todos los días
Delante del hogar paterno pasa;
Pero su padre, en vez de darle ayuda,
Vuelve á su roto corazón la espalda.
Dora, entretanto, ahorra y les envía
Lo que logra acopiar, y con tal maña,
Que la familia mísera la fuente
Pueda ignorar de que el auxilio mana.
Meses y años transcurren, y maligna
Fiebre á Guillermo desdichado asalta
Al acercarse el tiempo de la siega,
Y entre afán y dolores rinde el alma.

III

Llega Dora á la casa de María
Que, muda y no sin lágrimas, al niño
Contempla, y contra Dora está labrando
En su imaginación amargos juicios.
Y se le acerca Dora y esto dice:
"He cumplido el mandato de mi tío,
Y he pecado en cumplir, pues á Guillermo
En su origen el mal por mí le vino.
Mas, por aquel que ha muerto, por tí misma
Á quien él eligió, por este niño
Huérfano suyo, vengo. Tú bien sabes
Que la cosecha como nunca ha sido
Copiosa: pues permíteme que lleve
De regreso, en mis brazos á tu hijo,
Y le esponga á los ojos del abuelo
En las gavillas del segado trigo

Para que, alegre el corazón, mirando
De la cosecha propia el fruto opimo,
Su ánimo se dilate, y, en memoria
De quien ya nos dejó, bendiga al niño.”
Tómale Dora y llévale del campo
Al través y hasta no sembrado sitio,
Y en el seto en que abundan amapolas
Siéntase: aunque á lo lejos pasa el tío
Y no la ve, los segadores callan
Que allí Dora le aguarda con el chico.
Bien hubiera querido ir á su encuentro,
Pero se acobardó. Y en su ejercicio
Siguen los segadores, y el sol baja
Y se enluta la tierra. Al tenue brillo
De la mañana Dora al seto vuelve,
Y al pequeñuelo con afán prolijo
Teje guirnalda de silvestres flores
Para que el viejo Alán le halle más lindo.
Al venir á las éras el colono
Vióla al cabo, y con ánimo propicio,
Dejando la cuadrilla, se le acerca.
“Dónde has estado ayer, Dora?” le dijo:
“¿Quién es ese rapaz? ¿Qué estáis haciendo
Aquí los dos?” En ademán sumiso,
Los ojos en el suelo, ella responde:
“Del difunto Guillermo este es el hijo.”
“¿Cómo, replica el otro, haces aquello
Que tú sabes muy bien que te prohíbo?”
“Has de mí lo que quieras, Dora exclama;
Pero acoge á este pobre huerfanito:
Acógele y bendícele en memoria
De quien tanto sufrió, de quien ya es ido.”
“Bien lo descubro, bien, añade el viejo:
Trágica escena, alambicado arbitrio
Que tú y la otra aparejasteis ¡Vaya!
¿Mi deber á enseñarme habéis venido?
Es mi palabra ley. ¿La quebrantasteis?
Pues bien, esto se hará: recojo al niño;

Y tú, largo de aquí, jamás me veas.”
Y así diciendo, en brazos toma al chico,
Que rompe en llanto y por soltarse pugna.
La sarta de amapolas y de lirios
Cae á los pies de Dora: ella las manos
Junta en angustia hondísima: han partido
Alán y el pequeñuelo, y del segundo
Lejanos más y más oye los gritos.
La faz inclina, en sus desdichas piensa,
Y solloza y abísmase. . . . Y el trigo
Siguen segando allí los segadores,
Y si la luz se fué, la sombra vino.

IV

Llama Dora á la puerta de María
Que, al notar que el rapaz nõ está con ella,
Si se conmueve un punto, á Dios alaba
Que en su viudez le imparte ayuda y fuerzas.
Y Dora: “Al niño recogió mi tío,
Conturbada le dice; mas tú deja
Que yo viva y trabaje en unión tuya,
Pues de su casa ciérrame las puertas.”
“Nunca ha de ser, respóndele María,
Que tú, sin culpa, cargues con mis penas;
Y, ahora que yo bien medito el caso,
Es imposible que á su lado crezca
El hijo de mi amor: á imagen suya
El corazón le tornaría en piedra,
Y á despreciar á su infelice madre
Le enseñara. . . . ¡Jamás! Á toda priesa
Vamos las dos á recobrar el niño:
Le rogaré que á recibirte vuelva:
Si no lo hiciere, viviremos juntas,
Trabajaremos juntas por la prenda
Que me dejó Guillermo, hasta que un día
Hombre, á las dos ampare y favorezca.”

Hablan esto las dos, y con ternura
En la pálida faz ambas se besan.
Del colono á la granja se encaminan:
Sin llave y entornada está la puerta:
El interior atisban: es de noche:
Alán al chico en sus rodillas sienta,
Con los brazos le enlaza, y acaricia
Su breve faz, sus manecillas tiernas.
El consentido nieto, que ha corrido
De sol á sol, se estira ó despereza,
Ó al ver al fuego del hogar brillando
En el pecho de Alán la áurea cadena
De su reloj, en charla incomprensible
Rompe, asirla queriendo. Las dos entran,
Y no bien á la madre ha visto el niño,
Grita con el afán de irse con ella.
Pónele en tierra el viejo, á quien María
Dijo: "Señor y padre, si toleras
Que tal nombre te dé: nunca he pedido
Por mí, ni por Guillermo, ni por esta
Prenda que me dejó; mas á pedirte
Vengo que á recibir á Dora vuelvas,
Que bien te quiere. Ha muerto mi marido
En paz con todos, sí: jamás pudiera
De su boda conmigo arrepentirse,
Que yo su esposa fuí sufrida y tierna:
Aquesto á mis preguntas respondía,
Y agregaba en hondísima tristeza
Que haberte contrariado le pesaba,
Y al fin clamó: *¡Dios le bendiga! Y pueda
Siempre ignorar mi padre las espigas
De que sembrada hallé mi árida senda!*
Y así clamando, á la pared el rostro
Vuelve, y durmióse en paz. Desdicha fiera
Cércame, y hoy, señor, recobro al niño,
Á quien tomaras duro: la paterna
Sombra no en esta casa invocaría:
Dora contigo vuelve, y así queda

Todo conforme estuvo." Mientras habla
De tal modo la madre, Dora, presa
Del temor, á su espalda, oculta el rostro,
Y el silencio en la estancia á poco reina.

V

Rómpele al fin el viejo sollozando,
Y "He pecado, murmura: he sido reo
De la muerte del hijo á quien amaba.
¡Dios me perdone, sí! Bésame ¡oh nieto!"
Las mujeres y el niño á un tiempo mismo
Cercan y abrazan todos al abuelo,
Y una vez y otra bésanle. La antigua
Ternura, á él centuplicada ha vuelto:
Halla en las propias lágrimas la sola
Medicina de atroz remordimiento:
Y el antes duro Alán la noche pasa
Llorando sobre el hijo de Guillermo
Y en Guillermo pensando . . . Así, á los cuatro
Desde entonces cobija un mismo techo:
Y transcurren los años, y María
Lígase ante el altar en lazo nuevo:
Dora, de abnegación y amor dechado,
Al viejo mima, y sin casarse ha muerto.

1893.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DE LORD LYTTON.*

IDEAL Y POSESION.

Un soñador, un bardo, se enciende en llama
Viva por una estrella. Las noches ama
Porque la ve.

“Dulce estrella, le dice, desdicha es fiera
¡Ayl que de mí tan lejos, en alta esfera
Tu forma esté.

“Blanca luz en mi noche nublada y triste,
Beldad que á tus amantes jamás te diste,
¡Lograra yo
Que á la tierra bajases y, en lazo fuerte
Unidos, en tus brazos hallar la muerte
Que el alma ansió!”

La estrella pura, al cabo, siéntese herida
De amor que así le ofrecen con alma y vida:
Cayendo va,
Aunque abandona el cielo, libre de enojos:
De Eva en la bella forma, ya ante los ojos
Del bardo está.

* Poeta inglés, embajador británico en París, muerto hace pocos años. Era hijo del célebre novelista Eduardo Lytton Bulwer. Esta pieza (cuya versión es bastante libre), no obstante sus resabios naturalistas, constituye en su género, en la poesía moderna, una de las mejores apologías del Idealismo.

Suya es al fin; mas pierde misterio y brillo,
Y con acento triste si al par sencillo,
Le dice: “Á ver:
¿No es preferible, siempre de encantos lleno,
El fulgor de los astros, al blanco seno
De la mujer?”

Tibio y desalentado piensa el amante:
“Que mi estrella he perdido, lo afirma inquieta
Mi ánima, sí.”
Cúbrese con las manos ella el semblante,
Y “Con ser tuya —exclama— yo mi poeta
Caro perdí!”

1892.

DE SHAKESPEARE.*

I

ROMEO Y JULIETA.

FRAGMENTO DE LA ESCENA V DEL ACTO TERCERO.

Huerto en la casa de Capuleto.—Romeo y Julieta en el balcón.

JULIETA.

¡Cómo! ¿Ya quieres irte? Aun tarda el día.
Fué el ruiseñor; no fué, no fué la alondra
Quien alarmó tu receloso oído:
Todas las noches en aquel granado
Su canto ensaya: él era ¡oh dueño amado!
Crédito dame: el ruiseñor ha sido.

ROMEO.

Fué la alondra, del alba mensajera;
No el ruiseñor. ¿No ves hacia el Oriente
Cómo á las rotas nubes orla el borde
Ya la envidiosa claridad? Enfría
De la estrella las pálidas vislumbres:
De la montaña en las brumosas cumbres
Raya risueño y se levanta el día.
Si páрто, vivo; si le aguardo, muero.

JULIETA.

Sé bien que matutina luz no es esa:
Ha de ser meteoro que el ausente

* No obstante lo dicho en la introducción del presente libro, á última hora se ha procurado utilizar algunas de las advertencias del Sr. Menéndez y Pelayo acerca de estas versiones.

Sol esta noche á que te alumbre envía
En tu camino á Mantua. No te vayas:
Quédate aquí conmigo todavía.

ROMEO.

¡Préndanme, pues, y mátenme! Lo quiero,
Ya que lo quieres tú. Que no es del día
La luz diré, sino fulgor de luna;
Ni alondra el ave que exhaló sus trinos
Hacia el cóncavo cielo. He de quedarme:
Venga la muerte, y bien venida sea:
Julia lo quiere así. ¿Qué dices? ¡Ea!
Hablemos largo. De partir no es hora.
¿Qué dices, alma mía?
Lo que brilla en el cielo no es la aurora.

JULIETA.

¡Es el día! ¡Es el día! ¡Vete al punto!
La alondra es la que canta ásperamente.
¿Cómo podrán decir que dulcifica
Despedidas de amor, si nos separa?
Cuentan que con el sapo aborrecible
Los ojos trueca. ¡Oh si trocado hubiese
También la voz que aparta nuestros brazos
Y te alejó con anunciar el día!
Vete, Romeo, ya. La luz se aumenta.

ROMEO.

Se aclaran los albores matutinos,
Y se oscurecen más nuestros destinos!

LA NODRIZA (*adentro*).

¡Niña! ¡Señora! Vuestra madre viene;
Y amaneciendo está. Cuidarse importa.

JULIETA.

Deja, pues, ¡oh ventana! entrar el día,
Ya que por tí se sale el alma mía.

ROMEO (*poniendo el pie en la escala*).

¡Adiós! Un beso, y pártelo

JULIETA.

¡Así te has ido,
Y te llevas mi dicha y mi reposo!
¡Oh mi señor y bien! ¡Oh amado esposo!

HAMLET.

FRAGMENTOS DE LAS ESCENAS 1.ª, 2.ª, 4.ª Y 5.ª
DEL ACTO I.

Versión dedicada al Sr. Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

I

Esplanada ante el castillo y palacio de Elsinor.

HORACIO.—MARCELO.—BERNARDO.

BERNARDO.

Dime: ¿Horacio está ahí?

HORACIO.

Hay algo suyo.

BERNARDO.

Bien venidos seais, Marcelo, Horacio.

MARCELO.

¿Volvió esta noche á aparecerse aquello?

BERNARDO.

Yo nada he visto aún.

MARCELO.

Horacio afirma
Que fué simple ilusión: crédito niega
Á lo que veces dos vimos despacio.
Trájele, pues, á que esta noche vele,
Por si el Espectro á confirmarle llega
Lo que dijimos. Hablará entonces.

HORACIO.

No ha de volver.

BERNARDO.

Sentémonos ahora
Á comentar el caso que seguidas
Dos noches hemos visto.

HORACIO.

Hable Bernardo.

BERNARDO.

Anoche nada menos, cuando al punto
Donde brillando está, con paso tardo
Llegó esa misma estrella hacia el Oeste
Del polo, ante Marcelo y yo, distinta
Dando la campanada de la una

(*Aparece el Espectro*).

MARCELO.

Cállate y mira ya por dónde surge.

BERNARDO.

En la forma de anoche, parecido
Al difunto monarca.

ROMEO (*poniendo el pie en la escala*).

¡Adiós! Un beso, y pártelo

JULIETA.

¡Así te has ido,
Y te llevas mi dicha y mi reposo!
¡Oh mi señor y bien! ¡Oh amado esposo!

HAMLET.

FRAGMENTOS DE LAS ESCENAS 1.ª, 2.ª, 4.ª Y 5.ª
DEL ACTO I.

Versión dedicada al Sr. Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

I

Esplanada ante el castillo y palacio de Elsinor.

HORACIO.—MARCELO.—BERNARDO.

BERNARDO.

Dime: ¿Horacio está ahí?

HORACIO.

Hay algo suyo.

BERNARDO.

Bien venidos seais, Marcelo, Horacio.

MARCELO.

¿Volvió esta noche á aparecerse aquello?

BERNARDO.

Yo nada he visto aún.

MARCELO.

Horacio afirma
Que fué simple ilusión: crédito niega
Á lo que veces dos vimos despacio.
Trájele, pues, á que esta noche vele,
Por si el Espectro á confirmarle llega
Lo que dijimos. Hablará entonces.

HORACIO.

No ha de volver.

BERNARDO.

Sentémonos ahora
Á comentar el caso que seguidas
Dos noches hemos visto.

HORACIO.

Hable Bernardo.

BERNARDO.

Anoche nada menos, cuando al punto
Donde brillando está, con paso tardo
Llegó esa misma estrella hacia el Oeste
Del polo, ante Marcelo y yo, distinta
Dando la campanada de la una

(*Aparece el Espectro*).

MARCELO.

Cállate y mira ya por dónde surge.

BERNARDO.

En la forma de anoche, parecido
Al difunto monarca.

MARCELO.

Háblale, Horacio,
Ya que estudiante has sido.

BERNARDO.

Hazle preguntas.

HORACIO.

¿Quién eres tú que usurpas este espacio
De la noche, y al par, noble y altivo
El porte y ademán con que marchaba
El rey de Dinamarca cuando vivo?
¡Habla! En nombre del cielo te conjuro.

MARCELO.

Se ha enojado.

BERNARDO.

Se aleja.

HORACIO.

¡Habla! ¡Detente!

(Desaparece el Espectro.)

MARCELO.

Se fué sin responder. ¿Qué tal, Horacio?
¿Tiemblas?... Hay algo más que ilusión nuestra.

HORACIO.

Ante Dios lo diré: viéndole sólo
Creerlo pude.

MARCELO.

¿Al rey no se parece?

HORACIO.

Como á tí mismo tú. Lleva la propia
Armadura que al ir contra el Noruego:
El ceño aquél con que, encendido en ira
En parlamento borrascoso, víle

Herir al rey Polaco y derribarle
En el hielo sin vida. ¡Extraño es esto!

MARCELO.

Antes así dos veces y á esta hora
Pasó junto á nosotros marcialmente.

HORACIO.

Su objeto ignoro; mas barrunto á veces
Que al Estado catástrofes presagia.

MARCELO.

Sentémonos en tanto, y que nos diga
Quien lo sepa por qué noche con noche
Esta vela que á todos nos obliga,
La fundición de máquinas de ataque
Y de extranjeras armas el acopio?

.....
(Reaparece el Espectro).

HORACIO.

¡Silencio, calla! Ved por dónde vuelve.
Al paso he de salirle, así pudiera
Aniquilarme. ¡Tente! Si te es dada
La voz, háblame, y dí si obra factible
Hay para alivio tuyo y perdón mío;
Ó si amenaza á los destinos patrios
Adverso caso que, previsto, falle;
Ó ya si en vida ilícitas riquezas
Enterraste que os hacen á vosotras,
Almas, volver. ¡Deténmele, Marcelo!

MARCELO.

¿Le agrediré con esta artesana?

HORACIO.

Si en irse insiste, sí.

BERNARDO.

Por aquí huye.

HORACIO.

Por aquí, por aquí.

(Desaparece el Espectro).

MARCELO.

Se desvanece. . . .

Desvaneci6se ya. Noble y altiva
Su condici6n, le ofenden los amagos,
Irrisorios cuando 6l invulnerable
Como el aire ha de ser.

BERNARDO.

Á hablarnos iba

Cuando el gallo cant6.

HORACIO.

Sobrecogi6se

Al oirle, cual reo que es llamado.

II

Sala en el palacio real.

HAMLET.—HORACIO.—MARCELO.—BERNARDO.

HAMLET.

¿Qu6 te trajo á Elsinor?

HORACIO.

De vuestro padre

Vine á los funerales.

HAMLET.

¿Te chanceas,
Condiscípulo mío? ¿No á las bodas
De mi madre?

HORACIO.

En verdad, á poco fueron.

HAMLET.

Economía pura. Las viandas
Del funeral banquete, apenas frías,
Las mesas de la boda proveyeron.
¡Que en el cielo no hubiera yo encontrado
Al mayor enemigo nuestro, antes
Que ver tal día, Horacio! ¡Padre mío!
Contemplándole estoy.

HORACIO.

Señor, y en dónde?

HAMLET.

En la imaginaci6n.

HORACIO.

Una vez sola,
Bien me acuerdo, le ví. ¡Rey excelentel

HAMLET.

Hombre fué tan cabal, que parecido
No le hallaré jamás.

HORACIO.

Le he visto anoche,

Señor; tal creo.

HAMLET.

¿Á qui6n?

HORACIO.

Á vuestro padre.

HAMLET.

¿Al rey mi padre?

HORACIO.

Suspended un punto
Vuestro asombro y oíd, oíd el caso
Maravilloso de que son testigos
Estos señores.

HAMLET.

— ¡Óigalo; mas luego!

HORACIO.

Viéronle, sí, dos noches de seguida,
Á media noche y en su guardia. Recta
Figura á vuestro padre parecida,
Igual más bien, de punta en blanco armada,
Se les hizo patente, y muy despacio
Y con aire marcial pasó tres veces
Tan cerca de ellos — á distancia apenas
De su bastón — que de terror transidos
No pudieron hablarle. Me lo avisan
Muy de secreto. Á la siguiente noche
Voy la guardia á montar en unión suya,
Y, confirmando su relato, viene
La aparición. He visto á vuestro padre:
Le conocí: mis manos una á otra
No se parecen más.

HAMLET.

¿Dónde ha sido esto?

HORACIO.

En la esplanada: allí donde se vela.

HAMLET.

¿Y le hablaste?

HORACIO.

Le hablé. No me responde:

Alza el rostro una vez y parecía
Como si fuese á hablar; y el gallo canta
Á esta sazón como anunciando el día,
Y la visión oyéndole se espanta,
Y se retira al punto y desvanece.

HAMLET.

Extraño y misterioso me parece....

HORACIO.

Pero tan cierto fué como que existo;
Y que debéis saberlo hemos juzgado.

HAMLET.

Ello, en verdad, me inquieta. ¿Y esta noche
Dais la guardia?

MARCELO. — BERNARDO.

Los dos.

HAMLET.

¿Decís que armado?

MARCELO. — BERNARDO.

Armado, sí.

HAMLET.

¿De punta en blanco?

MARCELO. — BERNARDO.

Justo:

De la planta al cabello.

HAMLET.
¿Y tú le viste,
Horacio, el rostro?

HORACIO.
Sí, Señor: alzada
Llevaba la visera.

HAMLET.
¿Su mirada
Te pareció ceñuda?

HORACIO.
Su semblante
Más que irritado parecióme triste.

HAMLET.
¿Pálido, ó encendido?

HORACIO.
En grado sumo
Pálido.

HAMLET.
¿Y ha fijado en tí la vista?

HORACIO.
Con tenaz insistencia.

HAMLET.
¿Hubiera estado
Presente yo!

HORACIO.
Que os aterráis presumo.

HAMLET.
Es muy probable. Y dime: prolongóse
Su estancia allí?

HORACIO.
Duró lo que tardemos
En contar hasta cien sin mucha prisa.

MARCELO.—BERNARDO.
Más.

HORACIO.
No cuando le ví.

HAMLET.
¿Cana la barba?

HORACIO.
Cual la tuvo, de un negro ya argentado.

HAMLET.
He de montar la guardia con vosotros,
Por si vuelve, esta noche.

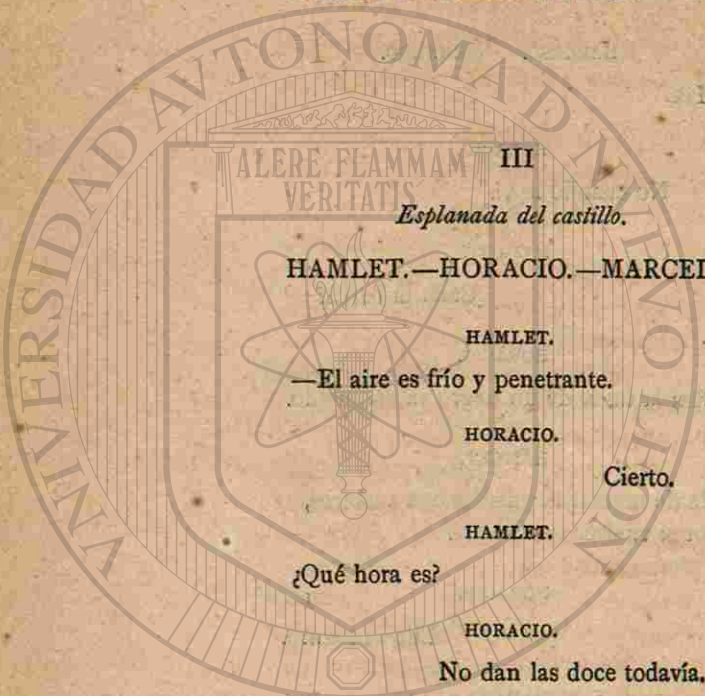
HORACIO.
Ello es seguro.

HAMLET.
Y si en la forma de mi padre viene,
Le habré de hablar aunque el infierno mismo
Me mandara callar. Si habéis guardado
Oculto el caso, habedle todavía;
Y viereis lo que viereis esta noche,
Meditadlo y no habléis. Viva ha de seros
Mi gratitud. ¡Adiós! En la esplanada
Entre once y doce nos veremos.

.....
(Salen, menos Hamlet).

.....Algo
Pasa grave. Sospecho drama inicuo.

¡Oh si llegado ya la noche hubiera!
Hasta entonces, aquíetate, alma mía.
Surgir deben los crímenes, aun cuando
La tierra toda los encubra al día.



HAMLET.—HORACIO.—MARCELO.

HAMLET.

—El aire es frío y penetrante.

HORACIO.

Cierto.

HAMLET.

¿Qué hora es?

HORACIO.

No dan las doce todavía.

MARCELO.

Han dado ya.

HORACIO.

No las oí. Se acerca,

Pues, el momento en que el Espectro viene.

(Suenan trompetas y disparos).

Señor ¿qué significa ese ruido?

HAMLET.

Vela el rey esta noche, y á la orgía

Se abandona, y á cada sorbo suyo

De acre vino del Rhin, parches y trompas
Hacen coro á sus brindis.

.....
(Aparece el Espectro).

HORACIO.

Ved, ya vino.

HAMLET.

Ángeles y ministros de la gracia,
Amparadnos. Espíritu ya seas
Puro ó maligno, y celestial ambiente
Ó vapor infernal te asista en torno,
Y malvado ó piadoso intento abrigues,
En forma para mí tan cara surges
Hora, que hablarte quiero. He de llamarte
Rey Hámlet, Padre, Rey de Dinamarca.
Respóndeme, Señor, y no en la duda
Me dejes consumir. ¿Por qué tus huesos
En su ataúd rompieron el sudario;
Y sus marmóreas fauces el sepulcro
Donde quedaste en paz abre y te vuelve
Al mundo así? ¿Cómo es que tú, cadáver,
De nuevo revestida la armadura,
Al tibio rayo de la luna vengas,
Á la noche acreciendo sus horrores,
Nuestra propia razón atormentando
Con tal prodigio que á entender no alcanza?
¿Qué significa? Dí. ¿Qué hacer debemos?

(El Espectro mueve la cabeza).

HORACIO.

Que le sigáis indica, cual si á solas
Quisiera hablaros.

MARCELO.

Á lugar distante

Quiere atraeros, sí; mas no vayáis.

HORACIO.

No; por nada en el mundo!

HAMLET.

Hablar no quiere;

He de seguirle pues.

HORACIO.

No tal hagáis.

HAMLET.

¿Qué habría que temer? En nada tengo
La vida, y á mi espíritu ¿qué daño,
Siendo inmortal como él, amenazara?
Me llama aún y he de seguirle.

HORACIO.

Pese

Vuestra razón el caso. ¿Si os atrae
Hacia el abismo ó la espantable roca
Sobre su pie crecida mar adentro,
Y otra forma reviste allí que os hunda
En súbita demencia? Por sí solo
El lugar enloquece al que en su cumbre
Viendo el mar de tan alto, abajo le oye.

HAMLET.

Me llama; insiste. ¡Marcha! Ya te sigo.

MARCELO.

No iréis, Señor.

HAMLET.

Soltadme.

HORACIO.

Dominaos.

HAMLET.

Mi destino me grita y da á mis nervios
Del león de Nemea el vigoroso
Temple. Soltadme, ó, por el cielo, en humo
Á quien me asió transforme. — ¡Anda! ¡Te sigo!
(Salen el Espectro y Hamlet).

HORACIO.

Á delirio fatal su ardor le arrastra.

MARCELO.

Obedecerle ahora no conviene:
Sigámosle.

HORACIO.

Tras él vamos. Cuál sea
El resultado, ignoro.

MARCELO.

Algo hay dañado
En Dinamarca.

HORACIO.

¡Remediarlo el cielo
Dígnese!

MARCELO.

Mas, de pronto, en marcha. ¡Ea!
(Salen).

IV

Otra parte de la esplanada.

HAMLET.—EL ESPECTRO.

HAMLET.

¿Á dó quieres llevarme? Habla. De aqueste
Sitio no paso.

EL ESPECTRO.

Mírame.

HAMLET.

Te veo.

EL ESPECTRO.

Se acerca la hora que á volver me obliga
Á mis llamas ardientes.

HAMLET.

¡Pobre alma!

EL ESPECTRO.

No así me compadezcas; pero oído
Á lo que voy á revelarte presta.

HAMLET.

Habla. Estoy obligado á oírte.

EL ESPECTRO.

Estáslo

Á vengarme después que hayas sabido....

HAMLET

¿Qué?

EL ESPECTRO.

Soy el alma de tu padre, y debo
Por tiempo fijo, aquí vagar de noche,
Y en mi cárcel de llamas por el día
Sin refrigerio estar hasta que purgue
De mi vida mortal las culpas. Fuera
Lícito los secretos revelarte
De tal prisión, y mi menor palabra
Tu alma y sangre de joven helaría;
Tus ojos de sus órbitas hiciera

Saltar, y tu cabello erizaría
De hirsuto jabalí como las púas;
Mas de la eternidad misterios tales
Para oídos no son que son carnales.
Óyeme. Si á tu padre amaste....

HAMLET.

¡Oh cielos!

EL ESPECTRO.

Venga su horrible asesinato, al orden
De la natura opuesto.

HAMLET.

¡Asesinato!

EL ESPECTRO.

Criminal como todos; pero aqueste
Más criminal y abominable.

HAMLET.

Pronto

Hazme su relación, y yo con ala
Más rauda que de amor los pensamientos,
Á la venganza vuele.

EL ESPECTRO.

Hállote listo;

Y si no te indignaras, insensible
Fueras más que las hierbas que en su orilla
Baña y pudre el Leteo. Escucha ahora:
Dijose á mis vasallos que, durmiendo
Yo en mi jardín, mordiome una serpiente;
Mas sabe tú y entienda Dinamarca
Que el reptil que dió muerte á su monarca,
Hoy su corona real lleva en la frente.

HAMLET.

¡Bien me lo dijo el corazón! ¡Mi tío!

EL ESPECTRO.

Ese adúltero vil, incestuoso,
De sus palabras dulces con la magia
Y el cebo de sus dádivas, —¡Malditas
Dádivas y dulzura que así logran
Seducir!— rectitud, decoro blando
Hizo á mi esposa quebrantar, rendirse
Á vergonzosa liviandad, cuando ella
Dechado de virtud era creída
Por mí y el mundo. ¡Oh Hámlet! ¡Qué caída
La suya! ¡Desde mí, que en noble y digno
Amor pagué los juramentos dulces
Ante el ara prestados, abajarse
Á un miserable tan mezquino en dotes!
Pero, así como incólume resiste
Al vicio la virtud aunque en la forma
De un ángel la corteje, la impureza,
Aun enlazada al ángel, dejaría,
Por hundirse en el fango, el casto lecho.
Mas siento el aire matinal. Escucha:
Durmiendo en mi jardín, costumbre mía
Tarde con tarde, en el seguro entrando
De mi descuido y soledad tu tío
Con recelosa planta, sutil jugo
De beleño letal de una redoma
En mi oído vertió: jugo que cunde
Con rapidez de azogue en nuestras venas
Y que la sangre líquida coagula
Cual ácido la leche. En breve instante,
Como corteza el árbol, lepra horrible.
Cubre mi cútis limpio. Así, durmiendo,
La diestra de un hermano me arrebató
Vida, cetro y esposa á un tiempo mismo.
Sorprendióme la muerte en florescencia
Plena de mi pecado, careciendo
De eucarístico pan, del óleo sacro;
Sin ajustar su cuenta, acusadoras

Llevando sobre mí todas mis culpas.
¡Caso horrendo! Si en tí del hombre vive
La dignidad, no, Hámlet, lo toleres:
No el tálamo real de Dinamarca
Dé á la lujuria y al incesto nido!
Mas, al obrar, no tu designio manches,
Ni oses contra tu madre: deja al cielo
Y á sus espinas su castigo. El alba
La luciérnaga anuncia: antes que pierda
Su ya pálido brillo, para siempre
Adiós, Hámlet, adiós! ¡De mí te acuerda!

HAMLET.

¡Oh vosotras, milicias celestiales!
¡Tierra! ¿Al infierno he de invocar? ¡Oprobio!
Cálmate, corazón. Súbito, nervios
Míos, no envejeczáis; antes os temple
Redoblado vigor. ¿De tí acordarme?
¡Pobre alma! Sí; mientras aliente vida.
¿De tí acordarme? Aun más: de la memoria
Todo recuerdo fútil, arte, ciencia,
Placeres vanos, cuanto en ella imprimen
Ó juventud ú observación y estudio
He de borrar, dejando en ella vivo
Sin mezcla alguna tu precepto sólo.
Sí, por Dios! ¡Oh mujer la más funesta!
¡Oh malvado! ¡Oh hipócrita malvado!
¡Hombre execrable! ¡El de la risa blandal
.....
Y ahora, á mi consigna: á lo que manda:
"Hámlet, de mí te acuerda." Lo he jurado.

1889.



LA VIDA EN EL TOBOSO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA VIDA EN EL TOBOSO

FRAGMENTOS.

I

INTRODUCCIÓN.

Nací de limpias gentes, aunque llanas,
Sin poder afirmar si en mi ascendencia
Cruzóse ó no la estirpe de Juan Lanas.

Prolongóse mi edad de la inocencia,
Que aun guardo en muchas cosas, no embargante
De mis honradas canas la presencia.

Dorado porvenir miré delante:
Intención recta y ánimo sereno
Dieron cierta dulzura á mi talante.

Hubo afectos muy nobles en mi seno:
Si vivo despunté, la gente dijo:
Más que vivo este mozo ha de ser bueno.

Viendo hacia atrás, al recordar me aflijo
Mi afán audáz de que las Nueve Hermanas
Suyo, aunque enteco, me llamaran hijo.

Cómo se habrán reído y con qué ganas
Al sospechar mi pretensión acaso,
Discurro á tardes, noches y mañanas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es lo cierto que no me hicieron caso,
Envejecer dejándome en la inclusa
Por caridad abierta en el Parnaso.

De bienes y de males la confusa
Cadena vino atándome en seguida,
Y, al fin, me recogió bastarda Musa.

No hay que admirarse, no: cosa es sabida
Que, el proloquio y los sexos alterando,
Nunca le falta al roto descosida.

Musa, pues, tuve, y en consorcio blando
Me uní con ella al fin, y hecho unas pascuas,
Me adelanté cantando ó discantando,
Según iba entre rosas ó entre ascuas.

Varia mi vida fué. Limpio mi pecho
Mantúvose por suerte, asaz sencillo,
Y jamás hice cosa de provecho.

De las estrellas arrobóme el brillo:
Música no italiana ni alemana
Bajo el fogón sin fuego dióme el grillo.

La gloria me tentó muy de mañana;
Mas de planta mezquina humildes brotes
De admirar y aun de ver quitan la gana.

Sólo me oyeron cándidos y zotes:
Los laureles que al público pedía
Llovieron convertidos en azotes.

Mi compañera en esto, mustia y fría,
Á quien yo alimentaba con gazapos,
Estimó desastrada nuestra vía.

Díjome: "En vez de trajes llevo harapos,
De que no es decoroso arrastrar cola,
Y quien no compra pan no merca trapos.

"Si á nadar no te atreves en la ola
Que lleva á la región de la Materia
En que de gran pontífice anda Zola,

"Desnudeces portemos y laceria
Á sitio que conozco no distante,
Do alegre me has de ver aun más que en feria.

"Tú para trabajar no eres bastante,
Ya que en soñar el tiempo se te escurre
Mientras caliente el sol ó el grillo cante.

"Que á ese rincón vayamos se me ocurre,
Donde la gente honrada vive en sueños,
Come y viste soñando y no se aburre.

"No hay allí prestamitas, no hay empeños,
Es verdad; mas tampoco hay hambres hoscas,
Y podemos del mundo aquel ser dueños,
Y hasta engordar quizá papando moscas."

Dijo y partió, y seguía, sin paraguas
Ni báculo ni alforja; yo en menores
Paños por el calor; ella en enaguas.

Con los primeros tímidos albores
Llegamos á ciudad vasta y sin puertas
Ni alcaldes ni agiotistas ni deudores.

Amplias casas hallábamnos abiertas,
Y una de ellas tomé que nos convino
Por su elegante fábrica y sus huertas.

Azul el cielo, el valle peregrino,
Ni se conoce aquí puchero ó fiambre,
Ni se manduca pan ó cata el vino.

Y aunque á la gente hallé como de alambre,
Pues carnes no le ví duras ni fofas,
Es cosa aquí desconocida el hambre.

Y aunque tal vez se dieran alcachofas
Para halagar caprichos, es lo cierto
Que nos alimentamos con estrofas.

Ya los archivos registrando, advierto
Que fundó esta colonia bienhadada
Un héroe singular, vivo aunque muerto.

Héroe por corazón, mente y espada,
Dió á la eterna ilusión perenne fundo
En este sitio Alonso de Quijada.

Hallo, si más en los archivos me hundo,
Que aquí naciera el Cándido famoso
Que en unión de Panglóss recorre el mundo.

¡Qué gente la de aquí! Nunca rijoso
El hombre: la mujer, Petra ó Matilde,
Sin riesgo de quedarse sin esposo:

Manirroto el avaro; el sabio humilde;
El rico haciendo al pobre cortesías,
Y el pobre de rencor sin una tilde.

Prodigios se renuevan de otros días
Que ha registrado Roma en sus anales
Y á que Virgilio alzó cántigas pías.

Hay de miel y de leche manantiales;
Con las uñas el pórvido se labra;
Tienen alma y razón los animales.

Á lo mejor suspira alguna cabra,
Ríe el caballo, y con desplante airoso
Os dirige un asnillo la palabra.

Como rige esta zona astro dichoso,
Simple la zorra es, benigno el gato,
Sin veneno la sierpe y tierno el oso.

¡Qué mucho, pues, que demos de barato
Lujos y el oro mismo de la Arabia,
Cuando se pasa aquí tan bien el rato
Que vivimos, al fin, todos en Babia?

Cuando en mis horas de ocio, que son todas,
Recuerdo los azares de la vida,
Con la Musilla fiel pienso en mis bodas.

Aunque llevo la barba desteñida
Por el sol de los años, ansia pura
De ignoto bien conmigo corre asida.

Si la esperanza mística fulgura
Del horizonte en el confín eterno,
Entusiasmo y amor en mí perdura.

Si hay luz y fe, si el corazón es tierno,
Grato siempre es vivir; hallamos flores
Hasta en las nieves mismas del invierno.

Suelen las canas ¡ay! fingir verdores,
Y suelen perdonarse al viejo bardo
Voz de falsete y últimos candores.

Yo de casera inspiración aun ardo
En llama que del sol no ha sido emblema,
Y al asir el laúd no me acobardo.

Esto lo probará: tuve la flema,
Sin que nada mi espíritu desarme,
De ir escribiendo á ratos un poema.

Nadie lo lleve á mal, nadie se alarme:
Que hay aun aquí malicia no es dudoso:
Yo aspiro en estos versos á plantarme
De candidato á rey..... en el Toboso.

II

DE ARTES Y ARTISTAS.

HOMERO RÚSTICO.

En el ardor de veraniego día,
De un árbol á la sombra en medio al campo,
Sin otra compañía
Que el can exiguo —su familia sola—
Al triste són de rústica bandola,
Cuando la marcha afloja el tren que pasa,
Rica en ritmo y dulzor si en arte escasa
Y en musical aliño,
Á la dormida caridad cual ruego,
Cántiga ensaya que aprendió de niño
El antiguo pastor baldado y ciego.

Aquel agreste canto, que interrumpe
Silencio grave en soledad tranquila,
Con la aridez del ámbito se hermana
Y la miseria del cantor. La humana
Nota vibra en el alma del viandante,
Súbito le humedece la pupila.
¿Qué más logra arrogante
Aplaudido tenor, alto poeta?

¡Oh Ciego campesino,
En quien mató en agraz ciego el destino
La pujanza y la gloria del atleta!
¡Miserio pordiosero,
De estas comarcas rústicas Homero!

III

DE HISTORIA NATURAL.

EL RUISEÑOR.

Ponen la cana pluma, el lacio cuello,
Los tristes ojos y la voz cascada,
Tras una y otra noche y alborada,
De la vejez al ruiseñor el sello.

Él bien lo sabe, y se consuela de ello
Con pensar que la gente que admirada
Su canto ha oído al pie de la enramada,
Nunca jamás oyó canto más bello.

¡Oh flaqueza de bípedo! ¡Oh calmante
Dulce, que en las orillas de la muerte
Su vanidad propínale triunfante!

Quien así despreció mirlos y tordos,
En justa pena esta verdad no advierte:
Los que juzgaba oyentes eran sordos.

EL PERRO.

Rico mármol de Italia, que ha tallado
Diestra prolija aunque atrevida y recia,
Muestra en forma arrogante el fiel traslado
De Glicera gentil, gloria de Grecia:

Esto lo probará: tuve la flema,
Sin que nada mi espíritu desarme,
De ir escribiendo á ratos un poema.

Nadie lo lleve á mal, nadie se alarme:
Que hay aun aquí malicia no es dudoso:
Yo aspiro en estos versos á plantarme
De candidato á rey..... en el Toboso.

II

DE ARTES Y ARTISTAS.

HOMERO RÚSTICO.

En el ardor de veraniego día,
De un árbol á la sombra en medio al campo,
Sin otra compañía
Que el can exiguo —su familia sola—
Al triste són de rústica bandola,
Cuando la marcha afloja el tren que pasa,
Rica en ritmo y dulzor si en arte escasa
Y en musical aliño,
Á la dormida caridad cual ruego,
Cántiga ensaya que aprendió de niño
El antiguo pastor baldado y ciego.

Aquel agreste canto, que interrumpe
Silencio grave en soledad tranquila,
Con la aridez del ámbito se hermana
Y la miseria del cantor. La humana
Nota vibra en el alma del viandante,
Súbito le humedece la pupila.
¿Qué más logra arrogante
Aplaudido tenor, alto poeta?

¡Oh Ciego campesino,
En quien mató en agraz ciego el destino
La pujanza y la gloria del atleta!
¡Miserio pordiosero,
De estas comarcas rústicas Homero!

III

DE HISTORIA NATURAL.

EL RUISEÑOR.

Ponen la cana pluma, el lacio cuello,
Los tristes ojos y la voz cascada,
Tras una y otra noche y alborada,
De la vejez al rui señor el sello.

Él bien lo sabe, y se consuela de ello
Con pensar que la gente que admirada
Su canto ha oído al pie de la enramada,
Nunca jamás oyó canto más bello.

¡Oh flaqueza de bípedo! ¡Oh calmante
Dulce, que en las orillas de la muerte
Su vanidad propínale triunfante!

Quien así despreció mirlos y tordos,
En justa pena esta verdad no advierte:
Los que juzgaba oyentes eran sordos.

EL PERRO.

Rico mármol de Italia, que ha tallado
Diestra prolija aunque atrevida y recia,
Muestra en forma arrogante el fiel traslado
De Glicera gentil, gloria de Grecia:

Y á sus pies el que aprecia
Fiel y ya viejo can, de quien es ama,
Y en quien de la codicia hay claro asomo
De que aquella á quien diosa el mundo aclama
Con dulce mano le acaricie el lomo.

De tu vida en el cielo, nunca triste
Con nube ó sombra incierta; de altos dones
Desde la cuna coronada, viste
Presos en tu beldad los corazones.

Mas con razón hoy pones
Tierna mirada, en que el afecto brilla,
En el sumiso can echado á verte,
Pues te jura en su lágrima sencilla
Fidelidad y amor hasta la muerte.

LA GOLONDRINA.

Rudo invierno ya impera. Ni en el cielo
Hay sol ni luz, ni en este hogar hay lumbre,
Que la apagó la escarcha. Emprende el vuelo,
Amable golondrina,
Huésped de mi cabaña, al paraíso
Donde la luz te alumbre
Que de sus negros ojos en la noche
Como luna de Enero enciende Amina.
Y si en su immaculado seno vives,
Y el calor que mi pecho en vano quiso
Á tu plumaje dar, de ella recibes,
Cántale en blandas quejas,
De órgano flébil nota en su santuario,
Los votos y la fe del solitario
Á quien más solitario al irte, dejas.

IV

QUEJAS Y OSADIAS DE LOS DISCIPULOS
DE PLATON.

I

Sé de una mariposa,
De su huerto al encanto ciega y fría,
Que en ansia silenciosa,
De su existencia al declinar el día,
Enamoróse de lejana estrella,
Por imposible nó, sino por bella.

No quemará sus alas
Del astro excelso en la anhelada lumbre
Que tan hermosa y tan de lejos arde;
Y aunque apenas levántase del suelo
Y lo sabe muy bien, tarde con tarde
Hacia el astro gentil dirige el vuelo;
Y su imposible amor no la acobarda,
Y al mundo oculta guarda
La aspiración del desterrado, al cielo.

II

Cayó de tu mano,
Cual los musgos y flores de Ofelia,
Purpúrea camelia,
Y, cayendo, tus plantas besó.
Humilde aunque ufano,
La recojo del haz de tu alfombra:
Dichoso y cobarde,
Una hojilla le arranco en la sombra:
En mi pecho, á partir de esa tarde,
La hojilla quedó.

Es solo bien tuyo
Material que mi ser acompaña.
Si el tiempo la baña
Á su paso en fatal palidez,
Aroma no suyo,
El que á un hada benéfica roba—
Su rojo aunque pierda—
Difunde en mi alcoba,
Y el carmín de tus labios me acuerda,
Y el marfil de tu pálida tez.

Ignoras aquesto,
Y mi canto no llega á tu oído:
De un ave en su nido
Solitario la queja será.
De oírme ¡cuán presto
El encanto rompieras oculto
Que sólo me anima!
Y faltara deidad á mi culto:
Me hundiera en la sima
Que á mis plantas abriéndose está!

Yo busco el desierto
Y en su espacio, reinando la sombra,
Mi labio te nombra
Y el alma te ve.
Al mundo estoy muerto
En región misteriosa cautivo:
Si el Héspero brilla
Con tu imagen seráfica vivo.
¿Clama el viento del lago en la orilla?
Si es su voz ó la tuya no sé.

Alcé mi cabaña
De una erguida palmera no lejos.
Su paz y consejos
La noche me dió.

Burlando la saña
Del invierno, fugaz golondrina
Penetra en mi asilo,
Con voz argentina,
Junto al lecho en que duermo tranquilo,
Cantando: "Soy yo."

Recuerdo, y te busco
Cuando ya en el Oriente la aurora
Las nubes colora
Con rico matiz.
Y en la niebla que aprisa va huyendo
Al pie del Ajusco,
Tu forma estoy viendo:
Y me trae en sus ondas el aura
Tu voz dulce: "En el mundo soy LAURA;
En las cumbres eternas BEATRIZ."

III

En tu jardín ameno me enseñabas
Laurel glorioso, y al decirme: "Es tuyo;
Grato ha de ser llevarle," yo te dije
Trémulo y con acento casi mudo:
"No me hiciera feliz sino la mano
Que á mi sien le ceñiera." En aquel punto
Al cielo tú los ojos levantaste,
Y yo en tierra los puse, y el convulso
Corazón por lo bajo me decía:
"No te le ceñirá. ¡Tu dicha es humo!"

IV

En bosque umbrío, al espirar la tarde,
Casi á la falda del volcán, no lejos
Del manantial y la cascada, al brillo
Que yendo tras el sol irradiaba Venus,

Tu imagen evoqué, y á visitarme
Vino, alegrando sombras y desierto.
¡Ah! Bien lo mereció quien ha vivido
Lejos del mundo amándote en silencio.

Aun conserva mi diestra temblorosa
Dulce el calor de tu presión: mi seno
Apresurado late recordando
De tus ojos de mártir, luz y fuego.

Hoy te evoco del mundo entre las olas
Con que luchando voy, náufrago, enfermo,
Y vienes hacia mí pálida y fría,
Y es tu regio ademán triste y severo.

Y se llenan de lágrimas mis ojos,
Y en los tuyos, al fin, lágrimas veo.
¿Es amor? ¿Es piedad lo que me otorgas?
¿Amor al vivo? ¿Compasión al muerto?

Se alza tu blanca diestra; adiós me dice;
Y te apartas de mí, lejos, ¡cuán lejos!
Y cuando así te vas, quédanme sólo,
Para pensar en tí, noche y desierto.

V

DE REGRESO EN LA MANCHA.

Sin árboles ni fuentes la llanura,
No el caserío el corazón ensancha
Por lo triste: la noche se apresura,
Y de regreso estamos en la Mancha.

Aquí de noble vida el plan trazamos,
Derretido el cerebro en larga vela:

De recio tallo y de cartón forjamos
Lanza descomunal, yelmo y rodela.

Ya está cumplida la misión precisa,
De tesón y valor no sin excesos:
Hiela el laurel de gloria humana risa,
Crujen descoyuntados ¡ay! los huesos.

Ya el bravo caballero, rico en dones,
Entrega al ocio y al orín la espada:
El que hizo frente á endriagos y leones
Ya es sólo el buen Alonso de Quijada.

De duques, reinas, magos, el confuso
Cerco de lo real en los linderos
Se borra: en torno ve gentes al uso:
Curas, amas, sobrinas y barberos.

De su tristeza en vano condolidos,
En él quisieran despertar de antaño
Ilusiones dichosas, que en los nidos
De otro tiempo no hay pájaros hogaño.

Las vírgenes por bellas infelices,
Que pidiéronle, en músicas y señas,
Favor ó amor ¿qué fueron? Fregatrices
Y quintañonas ó barbadas dueñas.

Á su ánimo contrarios sus destinos,
Y para hacerle estéril, en su daño
Convierten los gigantes en molinos,
Cada embestido ejército en rebaño.

Sin respeto ó piedad la razón fría
Á generoso afán, armas y motes,
El conquistado yelmo fué bacía,
Los redimidos siervos galeotes.

Su dicha misma, el germen poderoso
De su valor, en cuyo amor se emplea;
Esa flor de los valles del Toboso....
¿Quién nos dará razón de Dulcinea?

Bien haces, buen Alonso, ya deshecho
De tu ilusión el lampo y muerto el brío,
De arroparte en las mantas de tu lecho
Cuando llega la noche y sientes frío.

Entre hielos y sombras aun más claro
Brillo la vespertina estrella vierte:
Daños calor amigo y luz el faro
De la esperanza mística en la muerte.

Pues que ya, triste, el corazón no late,
¿Qué más da, si la gloria es sólo un sueño,
Que el corcel en que fuimos al combate
Haya sido Pegaso ó Clavileño?

Ni de aplauso ni sátiras se cura
El viejo paladín de fuerzas fálto,
Que lidió, si con visos de locura,
Ojos y corazón puestos en alto.

Y de la edad y la fatiga al peso,
Piensa tal vez: "Si en negro surco abrigo
Me vas á dar ¡oh Mancha! mi regreso
Á tus llanuras áridas bendigo."

1890.

ÚLTIMOS VERSOS.

Su dicha misma, el germen poderoso
De su valor, en cuyo amor se emplea;
Esa flor de los valles del Toboso....
¿Quién nos dará razón de Dulcinea?

Bien haces, buen Alonso, ya deshecho
De tu ilusión el lampo y muerto el brío,
De arroparte en las mantas de tu lecho
Cuando llega la noche y sientes frío.

Entre hielos y sombras aun más claro
Brillo la vespertina estrella vierte:
Daños calor amigo y luz el faro
De la esperanza mística en la muerte.

Pues que ya, triste, el corazón no late,
¿Qué más da, si la gloria es sólo un sueño,
Que el corcel en que fuimos al combate
Haya sido Pegaso ó Clavileño?

Ni de aplauso ni sátiras se cura
El viejo paladín de fuerzas fálto,
Que lidió, si con visos de locura,
Ojos y corazón puestos en alto.

Y de la edad y la fatiga al peso,
Piensa tal vez: "Si en negro surco abrigo
Me vas á dar ¡oh Mancha! mi regreso
Á tus llanuras áridas bendigo."

1890.

ÚLTIMOS VERSOS.

AL ILLMO. SR. ARZOBISPO LABASTIDA.

I

EL MONTE DE LOS OLIVOS.

I

Contra el rey padre rebelado el hijo,
Nublábase á David el horizonte.
Con ansia amarga y con pesar prolijo,
Antes que armado al parricida afronte,
Sube descalzo al monte
De los Olivos, entre aguda espina,
Con grupo breve al que temor no arredra:
Sube, y la descubierta frente inclina
Al golpe de la injuria y de la piedra.

Siglos después, en ese monte mismo,
Blanco al odio del mundo á quien redime,
De su angustia en el hondo parasismo,
Manso Jesús, el Redentor sublime,
Trasuda sangre y gime,
Y en hora tal, á quien sostiene el polo
Y al irritado mar el linde acorta—
Del mundo abandonado— el ángel sólo,
Alargándole el cáliz, le conforta.

“Las injurias, tal vez, por mí sufridas,
Clama David, del Redentor figura,
Aplaquen la ira del Señor.” Vencidas
Flaqueza humana, insólita amargura,

Cristo el cáliz apura

Por aplacar al Padre. Sin descanso
Cultivó del linaje humano el fundo,
Y el cuello á la segur, cordero manso,
Ofrece al fin, porque se salve el mundo.

Así en la Ley antigua, en la Ley nueva,
Por tradición y por mandato augusto,
Peregrinando aquí, sufre y se abreva
En el dolor el ánima del justo.

Llega á serle el adusto
Ceño del odio, familiar y amigo:
Á su golpe incesante cobra el seno
Vigor, y la honda fe lleva consigo
Del triunfo propio y del perdón ajeno.

II

¿Quién mejor que el Levita? El óleo sacro
Apercibe sus miembros á lid ruda:

La vista del divino simulacro
De codicias terrenas le desnuda:

Si la flaqueza ó duda
Le dan pavor, de sacrificio el voto
Luz y vigor: la cruz que orna su traje
Firme ha de hacerle, como encina al noto,
Contra toda injusticia y todo ultraje.

Mas ¿quién como el Pastor? Vigilia larga
Y ojo avizor de su redil en torno:

La propia sed abreva en onda amarga,
Y en pie se tuvo en el común trastorno.

Cual los niños del Horno,
Incólume en las llamas, glorifica
Á Dios bajo las bóvedas del templo
Y del mundo á la faz; de fe luz rica
Y de encendida caridad ejemplo.

Con el báculo y honda —la prudencia
Aquél, y la verdad ésta— su planta
Contra espada y loriga é insolencia
De titanes adversos adelanta.

Ó intima la ley santa
Que redime á Israel, y no se inclina
De Faraón sañudo ante el enojo:
Nuevo Moisés, las tribus encamina
Al través del desierto y del Mar Rojo.

III

Bien hayas ¡oh Pastor! Si ruge airada
Solima contra tí, su piedra afronte
La testa descubierta y apenada,
Y en tu esperanza en Dios halla horizonte.

Sube al místico monte
Á que subió David; donde en angustia
Mortal, de Dios el Hijo, solitario,
Lloro y sangre vertió. Desde él, bañada
En la luz del Tabor verás la mustia
Y ensangrentada cumbre del Calvario!

II

POST NUBILA

De afán y de dolor cosecha amarga,
Ruda milicia larga,
No al animoso agrícola vencieron
Ni al lidiador fatigan. Sus labores
Y triunfos y dolores
Á su gloria y al bien fecundos fueron.

Ya el anegado llano Abril orea:
Si aun no la mies ondea,
El surco viste ya por toda parte.
Si aun no, tras recia lid, victoria aclama,
Á los dispersos llama
Serenos el jefe, al pie de su estandarte.

Aun alborota el mar airado el notó;
Pero diestro el piloto
Rigiendo el leño va con rumbo cierto;
Y á trechos se despeja el horizonte,
Y se ilumina el monte
Anunciando á los náufragos el puerto.

¡Providencia de Dios! Salva y unida,
Tras furiosa avenida
Que desató la tempestad y asuela

Feraz región, la grey que arrebatada
El aluvión, te alaba
En torno á su pastor firme y en vela.

Luzca el iris, Señor, con que, en sus días,
Á Noé prometías
Y al castigado mundo eterna alianza:
Que el valle en cuyos ámbitos se asienta
La grey, tras la tormenta,
Seque y fecunde el sol de la esperanza.

Y concede al Pastor que en duelo tanto
Enjugó nuestro llanto
Y fué para sus pueblos luz y egida,
Ver de justicia y paz el siglo nuevo,
Cual desde el monte Nebo
Miró Moisés la Tierra Prometida.

1889.

LOS PADRES DE LA MUERTA.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

A CASIMIRO DEL COLLADO.

Ni riquezas, ni lauro, ni escondido
Huerto de amor que al corazón es nido;
Ni recto paso y firme en el desierto
Árido del vivir; ni triple cota
De calma y de valor; ni la esperanza
Lúcida y fiel de prometido puerto,
Son pararrayo al golpe
Que el alma os deja desolada y rota.

Surcad, surcad los mares
Rudos, de vuelta á los antiguos lares.
Allá queda una tumba
Humedecida en llanto que no agosta
Nocturna escarcha ni abrasado estío:
Aquí la dulce imagen
Del bien ausente en el hogar ya frío:
Y della en torno y de vosotros, niebla,
Cielo sin luz ni azul, campos sin flores,
Techos y muros altos que no puebla
La móvil sombra ni el acento flébil
De la que ya murió; y al lado vuestro,
Tétrica Soledad, Dolor siniestro.

Solo consuelo es Dios. La humana vida
No bien amaneció cuando ya es ida.
Llévenos su raudal: en el remanso
De la piadosa muerte
Hallan obrero y luchador, descanso.
¡Oh Margarita bella!
¡Oh Padres, infelices por amantes!
Orad.—Breves instantes.....
Un paso más, y os juntaréis con ella.

1894.

AL NUEVO OBISPO DE VERACRUZ.

(ILLMO. SR. PAGAZA.)

Entre el Cofre y el piélago de Atlante
Sentarás el aprisco á tu cayado
Por Dios encomendado.
¡Bella región que el sol ama y fecunda,
Y á cuyo seno arranca
Tesoro inagotable cultor libre,
De altivo corazón é índole franca!
Á sus montes y valles
El són llegó de tu rabel divino.
¡Qué mucho que avasalles
Ánimo y voluntad, y tu ganado,
Á quien al par tu voluntad se inclina,
Anhele ya por el Pastor amado
Y la mies y el raudal de su doctrinal
Esto al oído, en desmayados versos,
Mas con afecto vivo, y de consuno
Con mi tierra natal, te dice alguno
De sus antiguos pájaros dispersos.

1895.

EN EL HUERTO.

"¿Eres tú, madre mía?"

E. LYTTON BULWER.

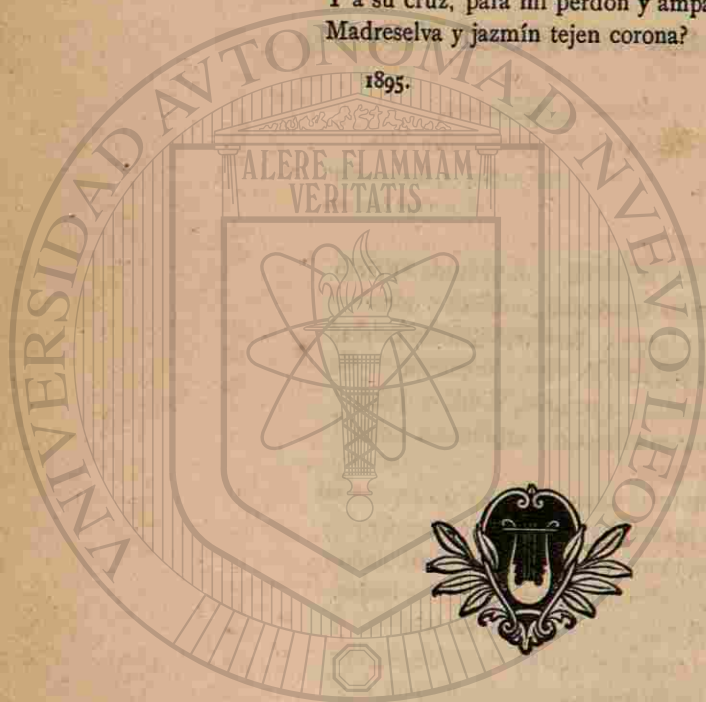
Cerca la noche, y anublado el cielo
Próxima tempestad, halléme á solas
En tu huerto. Envolvió plácida calma,
Cual sudario, la mente soñadora:
Mi corazón durmióse, mudo y quieto
Como en arbustos y árboles las hojas.

Junto al claro de azul y ópalo, densas
Las procelosas nubes se amontonan;
Y en tierra, en torno mío, el arbolado
Vase extendiendo en desiguales ondas.
Si de cerca distingo la araucaria
Y el rosal y el laurel, signo de gloria,
Á distancia destácanse los fresnos
Altivos, y á su pie los sauces lloran,
Y entre la masa oscura surgen tiernas
Del plátano gentil las banderolas:
Todo en hondo silencio, todo envuelto
En vapor de humedad, misterio y sombra.

"Es mi tierra natal, dije: es el bosque
Donde pasé las juveniles horas.
¡Bendita la visión que me devuelve
De tierra y tiempo tales la memoria!"
Del sombrío arbolado al pie, discierno
En más lóbrego tinte, surco ó fosa

Con que la madre tierra ya me brinda.
¿Es aquí ó es allá? ¡Vamos! ¿Qué importa,
Si aquí ó allá con lágrimas la riega
El cariño en que el ánima se goza,
Y á su cruz, para mí perdón y amparo,
Madreselva y jazmín tejen corona?

1895.



ÍNDICE.

	PÁGS.
El Autor al Lector.....	5
Paisaje.....	11
Luis G. Ossollo.....	14
DEDICATORIAS	
I A Ipandro Acaico.....	16
II A Casimiro del Collado.....	16
FABULAS ESOPICAS DE FEDRO	
I Prólogo.....	18
II El Lobo y el Cordero.....	18
III El Grajo y el Pavo real.....	19
IV El Perro codicioso.....	20
V El León de socio.....	21
VI Las Ranas y el Sol.....	21
VII El Asno y el León, de caza.....	22
Murga Poética.....	24
DOLORAS HUMORISTICAS	
I El Duelo.....	26
II El Culto de la Idea.....	26
III El Medio Ambiente.....	27
IV La Evolución Posible.....	27
V El Momento Histórico.....	27
El Cigarro.....	28
Las Montañas (Fragmento).....	29
DE HORACIO	
I A Mecenas.....	30
II A Pirra.....	31
Paolo á Francesca.....	33
DE COPPEE	
La Azucena.....	34
El Ultimo de los Ravenswood.....	36
El Valle de Orizaba.....	39

